EL COMPLOT EN EL PODER

DONATELLA DI CESARE

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO AMELLA VELA

ensayosextopiso

EL COMPLOT EN EL PODER

DONATELLA DI CESARE

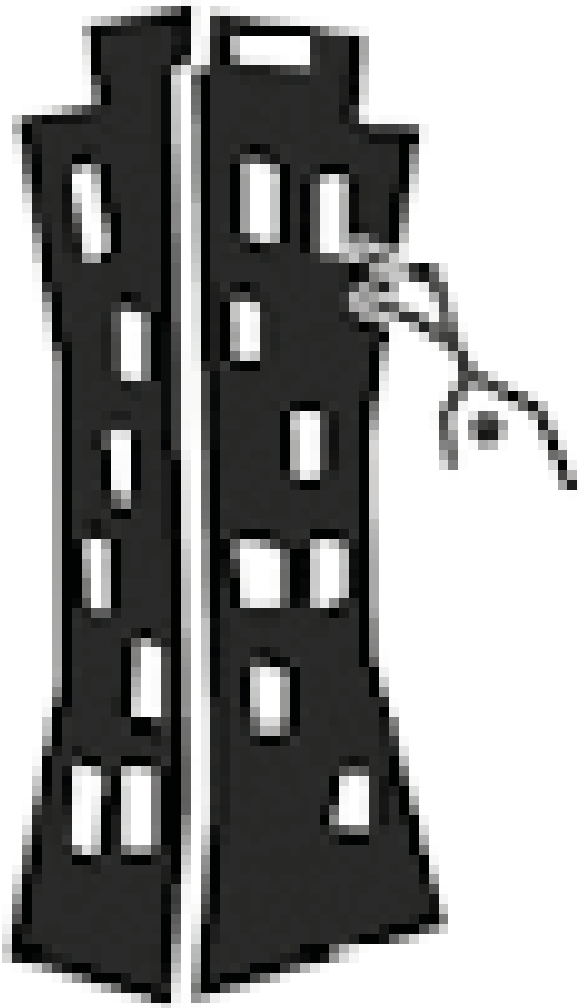
TRADUCCIÓN DE FRANCISCO AMELLA VELA

ensayosextopiso

El complot en el poder

DONATELLA DI CESARE

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO AMELLA VELA



sextopiso

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada

de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original

Il complotto al potere

Copyright © GIULIO EINAUDI EDITORE S.P.A., TORINO, 2021

Primera edición: 2023

Traducción

© FRANCISCO AMELLA VELA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021

América, 109,

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-42-7

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo

del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano

Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida

por el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación italiano

ÍNDICE

Nota del traductor

¿Quién maneja los hilos? En los abismos de la intriga

La política y su reino de sombras

La ilegibilidad del mundo

Enigmas y malentendidos

El dispositivo del complot

Democracia y poder

La causa de todos nuestros males

Hambre de mitos

El cementerio de Praga: la archiescena del complot

Los portavoces del engaño

Resentimiento soberano

El Nuevo Orden Mundial

La «Gran Sustitución» y los patriotas de QAnon

El gusto extremo por el apocalipsis. Los enemigos cósmicos

Populismo y complotismo

La condición de víctima y la impotencia política

¿Herejía complotista? Una crítica a Eco

Transparencia y secreto. A propósito de la prensa escrita

Elogio de la sospecha

Más allá del complotismo

Notas

Bibliografia específica

NOTA DEL TRADUCTOR

Este libro trata del lugar del poder y de las tramas que supuestamente se tejen para hacerse con él. Cabría esperar que el término empleado en la traducción para referirse a dichas tramas fuera el de «conspiración», de uso más habitual en español, no obstante lo cual se ha preferido mantener, de forma casi invariable, el término «complot». Tal elección obedece a una precisión conceptual sobre la que descansa la tesis de la autora, y que pasa por distinguir el complot de otras formas históricas de disputa por el poder, como la conjura o la conspiración: este es, pues, un ensayo sobre el complot en sentido estricto.

¿QUIÉN MANEJA LOS HILOS? EN LOS ABISMOS DE LA INTRIGA

Unos pocos caracteres, y el mensaje subido a Twitter se difunde, rápido e indeleble, por el espacio planetario de la red. Los seguidores retuitean, los que están a favor reenvían. El tuiteo, a primera vista inocuo, expresa una duda, plantea una pregunta. «#5G Cómo protegerse de las ondas perjudiciales y las señales nocivas», «#Bigpharma Quién se beneficia de las vacunaciones masivas». Las objeciones van a la zaga del tuiteo, las réplicas van tras él en vano, al tiempo que la sospecha se insinúa y el temor se difunde. Ya no se necesita un relato, bastan unos pocos caracteres para propagar las voces del complot.

En el siglo XXI, el fenómeno ha alcanzado tales proporciones que se habla, cada vez más, de edad de oro del «complotismo». No hay acontecimiento inesperado que no provoque un estremecimiento de desconfianza: desastres medioambientales, ataques terroristas, migraciones imparables, descalabros económicos, conflictos explosivos, reveses políticos. En medio del estupor y la indignación, estalla el pánico y crece la fiebre complotista. ¿Quién hay detrás? ¿Quién maneja los hilos? ¿Quién ha organizado aquella trama? Se busca a los responsables de catástrofes, penurias, guerras, desigualdades; como también de los miles de atropellos y abusos, de la falta de ética, del malestar difuso, de la infinita pérdida de sentido.

El complotismo es la reacción inmediata a la complejidad. Es el atajo, la vía más sencilla y rápida para dar con la solución a un mundo que se ha vuelto ilegible. Recurre al complot quien no soporta la inquietud, la pregunta abierta. Quien no tolera vivir en un paisaje cambiante e inestable ni acepta la extrañeza. Se muestra incapaz de reconocerse, junto a los demás, expuesto y vulnerable, desprotegido; aunque, por ello mismo, también más libre y más responsable.

Desvelar, desenmascarar, demistificar: la omnipotencia explicativa

del complot no deja tras de sí misterios sin resolver ni enigmas sin descifrar. Lo que carecía de respuesta por fin se explica gracias a la evidencia del complot. Ahí está la solución. En el mundo salido de las sombras resulta posible distinguir de manera nítida lo blanco de lo negro, la luz de la oscuridad, el bien del mal. El prisma del complot restablece un escenario tranquilizador, rígidamente maniqueo.

Por eso sería un error considerarlo como una excentricidad de sectores aislados, una pejiguera de la subcultura, el residuo de una mentalidad prelógica o una superstición obstinada. El complotismo no es un reflujo de un pasado que no pasa, el retorno de un viejo espectro cuya desaparición aguardamos confiados. En esto muestra afinidad con fenómenos estrechamente correlacionados, como el negacionismo, el antisemitismo o el racismo. Es más, puede decirse que tal prisma es un espejo de este tiempo. Si los relatos complotistas pueden jactarse de un éxito enorme, si influyen en la opinión pública de manera profunda, es porque comparten exigencias corrientes y movilizan aspiraciones comunes.

Fenómeno de los márgenes, pero en absoluto marginal, el complotismo atrae a quienes se sienten víctimas del caos presente y del futuro angustioso, condenados a una impotencia frustrante, reducidos a simples comparsas en los «juegos de la política». Por eso, si antes era cosa de aficionados, ahora tiene dimensiones de masa y aparece de forma creciente como una manera ordinaria de ser, de pensar, de actuar.

Los numerosos estudios sobre el tema –los conspiracy studies, que en los últimos años se han multiplicado– retoman las investigaciones iniciadas el pasado siglo, las desarrollan y las integran.* En su planteamiento se deja sentir el juicio negativo corriente, y su actitud oscila entre la ironía indulgente y la reprobación más severa. En términos generales, las líneas interpretativas son dos: el complotismo es visto o como una patología psíquica o como una anomalía lógica. En el primer caso se asciende hasta los recovecos oscuros de la mente, donde una camarilla de microscópicas neuronas, siempre a punto para urdir complots, tendería infinitas trampas al pensamiento, empujándolo a reforzar una disposición innata y peligrosa, proclive a la

degeneración.[1] En el segundo, en cambio, se va a la lógica de los enunciados complotistas, es decir, a las propuestas falsas y alteradas, en definitiva, a las fake news, que se propagan en la época de la «posverdad».[2] En ambos casos el abordaje que predomina es el normativo. Al presunto complotista habría que orientarlo hacia una reeducación cognitiva para corregir las distorsiones de su razonamiento. Si no, convendría someter sus enunciados a la práctica del debunking, es decir, de la refutación que saque a la luz su falta de lógica y su falsedad. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos, ninguna de esas dos terapias funciona y, entretanto, la oleada complotista aumenta.

O delirios o mentiras. Una estigmatización semejante es, además de ineficaz, contraproducente. Como siempre, la sanción policial del pensamiento y la denuncia inquisitorial sirven de poco. Viene afianzándose, desde hace algún tiempo, una vulgata anticomplotista que, reclamando para sí la posesión de la verdad, ridiculiza y deslegitima las teorías consideradas desviadas,** irracionales, nocivas.

Pero este planteamiento polémico y patologizador, que descalifica toda crítica a las instituciones, no hace más que confirmar a cada cual en su papel, agravando así una fractura cada vez más profunda: por un lado, quienes, tachados de complotistas, se reivindican como antisistema; por el otro, quienes, por recurrir a los cánones de su razón, son acusados de apoyar la ideología dominante. En pocas palabras: el anticomplotismo simplista se arriesga a reforzar la divergencia entre «verdad oficial» y «verdad oculta», impidiendo la comprensión de un fenómeno complejo y poliédrico. El complotismo no es un espasmo mental ni un argumento falaz, sino un problema político. Concierne menos a la verdad que al poder. Resulta extraño que, a pesar de la amplia reflexión al respecto, justo su nudo decisivo no se haya captado: el que liga complot y poder.

Quien contesta la versión oficial apunta a aquellos que detentan saber y poder. La desconfianza hacia la política, las instituciones, los medios o los expertos se convierte en desaprobación sistemática y sospecha sin fin. Si bajo el cielo contaminado de la globalización se multiplican los acontecimientos catastróficos, si el mundo parece

entregado a un caos irrefrenable, es a causa de la «casta», las «oligarquías», las «finanzas internacionales». Es necesario aguzar la mirada y desvelar los planes ocultos del «Nuevo Orden Mundial». Contra un poder sin rostro, ¿cómo podría darse jamás una revuelta? La admisión tácita de esta impotencia va de la mano de un resentimiento oscuro, una rabia explosiva y la exigencia improrrogable de desenmascarar el Complot que está en el poder. En la galería de los espejos del complotismo son siempre los demás quienes conspiran, y quien acusa no buscaría sino defenderse. Se alude a las «fuerzas ocultas», a los «poderes fácticos», en nombre de una teoría política que en la gobernanza ve un complot y que, por ello mismo, se entrega a una estrategia y una práctica de contrapoder concebido necesariamente como contracomplot. Los «débiles» no dispondrían de otra forma de resistencia contra los «amos del mundo».

El complotismo expresa un malestar difuso, manifiesta una desazón profunda. No es una mera señal de oscurantismo, sino una señal oscura. Pone al descubierto la crisis que agita la democracia contemporánea. ¡Cuántas promesas no cumplidas! ¡Cuántas esperanzas traicionadas! ¿Qué significa, si no, esa palabra, más que «gobierno del pueblo», tanto tiempo esperado? Y, sin embargo, como por una triste burla, el pueblo soberano no se siente soberano de verdad. El poder parece retraerse, amenazado por ese otro poder incontrolable, el del Complot. No se trata solo de una sospecha. El poder democrático parece ilusorio. Cambian los gobiernos, se alternan los partidos, pero en verdad nada se transforma. El que perdura es el «Estado profundo», ese poder institucional que se mantiene intacto y se perpetúa gracias a castas, lobbies, bancas, dinastías, grupos mediáticos. ¡He ahí quién maneja los hilos, de manera más o menos secreta, he ahí el fundamento y el principio del verdadero poder!

Pero que hayan sido presidentes y jefes de gobierno quienes, en fechas recientes, han apuntado al Deep State y han pregonado el complot debería hacer reflexionar. No se trata solo de un expediente para sustraerse a toda responsabilidad de gobierno, ni tampoco únicamente de una acción de defensa geopolítica. El «Estado profundo» se convierte en la consigna para confirmar de manera taimada el tormento al que se ha arrojado el entusiasmo

democrático. Se insinúa que la democracia está vacía de todo valor; más aún, que no es más que una «farsa». La duda complotista converge aquí con una cierta visión populista de la soberanía del pueblo reducida a remedo de los «poderes fácticos».

¿Es posible que la democracia sea solo lo que se muestra? El «lugar vacío»*** del poder democrático se antoja, justamente, demasiado vacío. Y el complot renueva la idea arcaica de un poder absoluto incompatible con la democracia. Pero quizá el complot sea precisamente la máscara del poder en la era del poder sin rostro. Entonces, lo que se necesita es, más bien, desenmascarar este dispositivo arcaico que empuja a suponer un arché, un principio y un mandato que la democracia debería haber destituido hace ya tiempo.

LA POLÍTICA Y SU REINO DE SOMBRAS

En el mundo se cuentan por millones quienes creen que los políticos no son más que marionetas en manos de fuerzas ocultas. No todo es lo que parece. Detrás de la realidad aparente y engañosa se oculta otra, más auténtica y verdadera. Este desdoblamiento de la realidad, esta dicotomía entre exterior e interior, superficie y profundidad, que casi recuerda el mito platónico de la caverna, caracteriza la metafísica política contemporánea.

Si quienes se mueven en ese reino de sombras al que se hace pasar por realidad son fantoches manipulados, simulacros ilusorios, hay que preguntarse dónde se esconden los titiriteros. ¿Quién hay detrás? ¿Quién gobierna a los gobernantes? ¿Quién maneja los hilos?

Tales preguntas, que de manera abierta aluden ya al complot, encaminan la sospecha hacia el lugar del poder y hacia el fundamento de la autoridad. Pero, ante todo, de lo que se trata es de averiguar en manos de quién están. ¿Quizá en las de quienes ostentan un mandato jurídico, del cual estarían llamados a hacerse cargo? ¿O bien en las de otras instancias, que disponen, bajo mano, de un margen de maniobra mucho más amplio y de cuyas consecuencias no han de responder? Al tiempo que la realidad se desdobla, aflora la divergencia entre el poder oficial y el poder oficioso, el que está reconocido, pero es ficticio, y el que es ilegítimo, pero efectivo. Detrás de la fachada de la realidad aparente, con sus jerarquías, sus relaciones y sus principios, en los que la mirada ingenua quedaría detenida, otra realidad se disimula, más real y amenazadora, habitada por un poder que nadie habría sospechado que existiera; más aún, ni siquiera que fuera posible. Aquí es donde se mueven grupos cohesionados por vínculos familiares, relaciones personales, intereses económicos, aspiraciones políticas. Tal connivencia, carente de expresión jurídica, es un respaldarse y favorecerse –miradas bajas que asienten– en el ejercicio del poder. En esa penumbra, en medio de tramas, redes y

lazos, opera el complot.

¿Qué fuerzas gobiernan la nación? ¿Cuáles dirigen el mercado? ¿Cuál es el rostro de los amos del mundo? ¿Quién determina el curso de la historia? Se busca a los responsables de las innumerables intrigas: banqueros, financieros, capitalistas; o bien anarquistas, subversivos, terroristas; inclusive judíos, internacionalistas, cosmopolitas, potencias extranjeras. Las conjeturas son diversas.

Lo cierto es que el complotismo triunfa y, lejos de ser un asunto sectorial, aparece como un fenómeno global con dimensiones de masas. Los relatos complotistas están ya instalados en el espacio público. No se los puede considerar, como quiere un viejo estereotipo, la excentricidad de facciones extremistas. Constituyen, por el contrario, el caleidoscopio a través del cual la mayoría lee los sucesos del mundo. Nadie parece librarse.

La historia es larga y los ejemplos, innumerables. Mirando al pasado reciente, el más emblemático ha sido el del asesinato de John Fitzgerald Kennedy: la inmensa mayoría no cree la «versión oficial» y se suma a la hipótesis del complot. Oswald no puede haber sido el único que disparara. Deben de haber participado el Ku Klux Klan, la mafia, la CIA. La agencia de inteligencia, expresión maligna del poder estadounidense, es la culpable ideal desde hace ya tiempo; sus siglas son el sello con el que se cierra, por lo menos de manera provisoria, toda investigación. En algunos casos, el tiempo no ayuda a disipar las dudas. Así, cada vez son más en todo el mundo quienes consideran que los ataques del 11 de septiembre fueron el resultado de un «inside job» bien planeado, con una implicación directa del gobierno de los Estados Unidos. La lista de los complots podría alargarse. El alunizaje del Apolo 11 se filmó en un plató televisivo; el cambio climático es un embuste de los científicos; Obama es un musulmán socialista llegado de Kenia; George Soros está a la cabeza del plan Kalergi para la «suplantación étnica» de los pueblos europeos; el coronavirus Sars-CoV-2, ideado en el Instituto de Virología de Wuhan, es un arma biológica de fabricación china; las vacunas, por su parte, son un recurso temible porque provocan patologías como el autismo. Las intrigas de Big Pharma son fuente continua de aprensión, al tiempo que las oscuras disposiciones del

«Nuevo Orden Mundial» causan inquietud.

Vestigios de complots los hay por todas partes: en el aire que respiramos, envenenado por las estelas químicas; en el agua que bebemos, por adición de fluoruros; en la tierra, irremediablemente contaminada. Y hay también un complot por descubrir en los vestigios e indicios aún no descifrados, del pasado tanto como del futuro. Aquello a lo que en general se presta fe no es más que una patraña, mientras que la verdad está en algún otro lugar. En definitiva, es necesario releer también la historia para desenmascarar aquellos complots cuyos efectos siguen activos. Y, ya se sabe, de las pistas falsas exitosas, la mayor sigue siendo aquel gran «mito» según el cual Adolf Hitler habría matado a seis millones de judíos.

El complotismo se extiende de la derecha más extrema a la izquierda más improbable. Pero es que, al margen de la vida política, es difícil encontrar un ámbito inmune al contagio del complot: de la gobernanza económica a las cuestiones sanitarias, del contexto científico al universo eclesiástico, por no hablar de la historia.

La enorme difusión del complotismo, revalidada además por el proliferar de las noticias falsas, falseadas, se ve confirmada por libros, ensayos, películas, series de televisión, documentales de historia e investigaciones periodísticas, donde no es raro que incluso los análisis más meticulosos acaben por entremezclar ficción y realidad. La industria del complot puede alardear de éxitos planetarios, como la saga Matrix, muy comentada, o la serie Expediente X, en la frontera de lo real; así como superventas como El código da Vinci, de Dan Brown, perteneciente a una saga que recurre a viejos estereotipos antisemitas edulcorándolos. El interés por los asuntos complotistas traspasa, pues, las fronteras de la abundante literatura de género, es decir, tanto libros que proporcionan pruebas y contrapruebas de sucesos concretos, como las recopilaciones de los complots más famosos.[3] Semejante diseminación puede explicarse como un auténtico juego de espejos, un efecto circular favorecido por el proliferar de los medios de comunicación y por la apertura del espacio ilimitado de internet, donde las ideas complotistas se propagan como mancha de aceite.

Tal es el reino del nihilismo mediático, donde todos creen en cualquier cosa y nadie cree ya en nada.

LA ILEGIBILIDAD DEL MUNDO

Desde hace tiempo el espacio planetario ofrece el espectáculo de un caos inquietante. Transformaciones profundas, rápidas mutaciones, sucesos imprevistos escanden el ritmo acelerado de una época que, si prometía ser clara y distinta, más aún, transparente, se muestra en cambio en toda su escandalosa opacidad.

El mundo, englobado en el capital, caracterizado por el endeudamiento desmesurado y las desigualdades abismales, es un escenario inestable y confuso, recorrido por estallidos de cólera, agitado por una hostilidad difusa. La paz espectral se desliza hacia la guerra endémica, el amigo ha dejado de distinguirse del enemigo, todos los rostros parecen máscaras y todo parece ocurrir bajo bandera falsa.

Es la era de la incertidumbre. Aumenta el temor ante los riesgos que se multiplican, crece la ansiedad ante los acontecimientos incomprensibles que amenazan con desviar el curso de la historia, se agudiza la angustia frente a las señales que anuncian una catástrofe. La confianza vacila. A un primer estupor le sucede una fría indignación. Lo que ocurre desafía todo entendimiento con su insoportable absurdidad.

El mundo se manifiesta como ilegible. Su gramática es abstrusa; su sintaxis, escurridiza. Como si ya no se pudieran recuperar las conexiones internas, los lazos que antes parecían unir el todo. El mítico hilo secular, cuyo don habría recibido Teseo de Ariadna para orientarse en el laberinto, está desgastado; más aún, ha quedado roto para siempre. Pero el drama contemporáneo presenta un rasgo paradójico, porque Teseo ya no reconoce las huellas que ha dejado tras de sí. Se diría que, después de tanto viajar, el camino se ha enrevesado hasta tal punto que a duras penas puede desandarse. Lo impenetrable ya no es la naturaleza, sino la historia humana, que se ha vuelto enigmática.

Todo ello sucede justo en el culmen de la globalización, cuando el mundo, conquistado, antropizado, tecnificado, se encuentra disponible, al alcance de la mano. El sujeto humano lo ha contemplado frente a sí y se ha forjado su propia visión del mundo, creyendo reconocerse a sí mismo y reconocer su propia historia.

Pero, de repente, ese sujeto que se consideraba amo del mundo, centro privilegiado del sistema, director de la trama, no sabe ya orientarse. Se extravía. Las conexiones desaparecen. La visión se disgrega. El planificador se sospecha planificado. El maniobrero se siente maniobrado.

El gran Libro de la Historia se ha vuelto un texto indescifrable. La legibilidad del mundo, en la que tantos filósofos insistieran, de Vico a Blumenberg, no parece más que un espejismo. Ya no podemos leer lo que nosotros mismos habíamos escrito. Deterioro, desgaste, simulación y engaño dificultan la lectura, impiden la exégesis. No se trata de la inevitable variedad de interpretaciones. El mundo se ha desencuadernado. Y ya no se despliega, desde las páginas de aquel volumen compartido, en una dirección de sentido compartida.

El hilo del relato se ha quebrado, la trama se ha rasgado. No queda más que un enredo, un intrincamiento difícil de desliar. Y, aun así, tiene que poder darse con los nudos que todavía mantienen la urdimbre del tejido, los lazos recónditos que unen el todo. Bastará, pues, con buscarlos.

El mundo tiene un lado oculto, un trasmundo, un reino secreto que bulle de actividades clandestinas y operaciones encubiertas, en el que se trazan planes, se manipulan informaciones, se controlan pensamientos, se forjan convicciones. Es ahí, en ese intrincamiento oculto, en esa intriga, donde se sujetan con firmeza los hilos de una trama que, desde fuera, parece deshilachada. Lo parece, pero no lo está. Como por ensalmo, el mundo surgido de la sombra parece iluminarse con una claridad inédita. Por fin, todo se sostiene. Todo posee, nuevamente, un fundamento sólido y una causa nítida. Se sale del claroscuro del desorden global para llevar de vuelta esa oscuridad a las «fuerzas oscuras» que operan en el trasmundo. Todo se vuelve legible a través del prisma del complot.

El mundo caótico adquiere, de pronto, perfiles consistentes y

precisos. Resulta posible recomponer el tejido del relato, restablecer el orden de su interpretación. Recobra el hilo incluso quien creía aislada su propia vida, extraviada, injustamente entregada al olvido, terriblemente desligada del mundo, del que no era más que un efímero episodio. La idea del complot restablece un vínculo, por imaginario que sea, con otras vidas y con la Historia. He aquí, pues, cómo administrar el futuro sin que su desarrollo lineal se vea afectado. Así, se les puede incluso devolver a los acontecimientos un sentido global.

Los complotistas son nostálgicos de la legibilidad. Albergan la ilusión de poder explicarlo todo, conservan el sueño de una completa inteligibilidad de la Historia. No se resignan a ser espejos fragmentarios, cuya comprensión es limitada. Para ellos sigue siendo válida la pretensión del hombre ilustrado, quien, erigiéndose en espejo del pasado, cree poder leer el sinuoso movimiento hacia el futuro, aquel progreso en la consciencia de la libertad que Hegel señaló como la marcha de la Historia. En su irracional deseo de racionalidad, mantienen esta dirección y cultivan el espejismo de la total transparencia. Solo que, faltando ya la esperanza de otro cielo, escrutan las tinieblas, indagan en los meandros de la Historia para dar con las sendas diabólicas del Mal, que todavía ha de ser derrotado y expiado.

ENIGMAS Y MALENTENDIDOS

Es frecuente encontrarse con que el término «complot» esté usado como sinónimo de «conjura» o «conspiración». Como si fueran equivalentes solo por el hilo del secreto que los une y por la maquinación y la intriga sobre las que descansan. Animan el escenario las luchas de poder que se libran en la sombra, a resguardo de ojos indiscretos. Pero justamente al sacar a la luz las diferencias, considerando épocas históricas lejanas y regímenes políticos diferentes, se hace posible aclarar lo peculiar de cada uno de dichos términos.

En la base de la conjura encontramos el juramento, el pacto solemne de reserva y fidelidad, el vínculo que une a los protagonistas, un grupo reducido de individuos resueltos y dispuestos a todo. Es lo que nos indica el latino coniurare, constituido por el prefijo cum, que remite a la alianza, y por el verbo iurare que, pese a provenir de ius, iuris, no implica una unión conforme a derecho, sino que se refiere más bien al juramento privado. De Tucídides a Herodoto, de Plutarco a Tácito, de Suetonio a Salustio, la conjura puede presumir de una larga tradición en el Mundo Antiguo, como atestigua una vastísima literatura. La coniuratio latina es el calco del griego sunomosía. A nada se le teme más en la ciudad, ni siquiera a la revuelta o a la guerra civil. Porque la conjura deja transparentar muy pronto su potencial desestabilizador. Al margen de sus planes, la figura del conjurado compromete y sobrepasa, aunque sea de manera simbólica, el juramento en que se basa la polis. Se abre ya la puerta al estado de excepción. Se jura en grupo, creando un vínculo alternativo, especular con respecto al poder constituido. Ligados por el pacto secreto, por proferir palabras que tienen valor jurídico-sacramental, los conjurados forman un grupo aparte, una facción, una hermandad.[4]

Durante siglos, la conjura conserva los rasgos peculiares de una forma de lucha política que, aun justificada por nobles ideales, no

duda en servirse de la violencia para desmantelar el poder. Con puñal o veneno se llevan a cabo la muerte del tirano, la eliminación del poderoso de turno, el golpe de mano, la sedición, la reposición del gobierno legítimo, la vuelta a la libertad. Participando en una empresa despiadada y arriesgada, los conjurados son conscientes de que sacrifican sus vidas. Este recurso a una violencia sacrificial, purificadora y fundadora, capaz de inaugurar un orden otro, una nueva soberanía, encuentra a menudo legitimación en un espacio y un tiempo sacralizados. Es en la oscuridad del vestíbulo del palacio real o en la penumbra protegida de la iglesia donde actúan los sicarios, las más de las veces durante una celebración litúrgica o en el transcurso de una festividad. Así, en ese recinto sacro, el reo se absuelve a sí mismo y ennoblece su gesto nefando. Acto extremo de liberación, la conjura puede acabar convertida, a su vez, en una efeméride.

Quizá nadie haya escudriñado con tanta profundidad y desencanto los rincones recónditos de la conjura como Maquiavelo, con quien esta se eleva a categoría política. Baste recordar que una parte de los Discursos sobre la primera década de Tito Livio (el capítulo VI del libro III) se publicó en París, en 1575, con el título de Traité des conjurations. En la compleja fenomenología que emerge de sus escritos, la conjura es tanto infame y temeraria como digna de consideración, por ser un acto político capaz de influir en los equilibrios de poder aun estando a menudo destinado al fracaso. Para Maquiavelo, implicado además en primera persona –por ejemplo, en una acción contra los Médici–, la conjura, gesto dramático que teatraliza ya la política, exaspera el conflicto involucrando al pueblo.

Y, de hecho, los conjurados acaban por salir al descubierto: tienen un nombre, un rostro, son individuos de carne y hueso, protagonistas de acontecimientos históricos concretos. No menos definido –encarnado en la figura del príncipe o del soberano– es el poder en el que se ha puesto la mira y que se quiere derribar, sustituir, conquistar. Podría decirse que Maquiavelo, en particular, traza una divisoria entre el escenario moderno de la conjura y ese otro, más contemporáneo, del complot; entre un poder bien identificable físicamente y una metafísica del poder. No es casualidad que en el contexto democrático ya casi no se hable de

conjura: solemne y áulica, va quedando, cada vez más, en el pasado.

También habría que distinguir el complot de la conspiración, por más que el influjo del inglés empuje a usarlos como términos equivalentes. Por lo demás, la conspiracy es motivo efectivo de imputación en diversos ordenamientos. Aun así, tampoco en este caso las diferencias son despreciables. Su vocabulario es el de la lucha política, y su campo semántico se articula a partir del latín. La palabra conspiratio viene de cum y spirare, que quiere decir, literalmente, respirar juntos, en armonía y acuerdo. Pero aquí no hay juramento ni vínculo sagrado. Se susurra con secretismo al de al lado, se musita al compañero, se concierta en voz baja una acción conjunta contra el poder constituido, el Estado, las instituciones. Aunada por un aliento común, la conspiración puede, asimismo, convertirse en revuelta. Por eso diccionarios y vocabularios no dejan de subrayar su timbre subversivo.

Lo confirma el sustantivo «conspirador», sinónimo de revolucionario. El secretismo de su conducta viene dictado por el poder represivo, al que no debe hacerse frente abiertamente. El conspirador de hoy es el insurgente de mañana. Su manera de actuar es ilegal, pero no ilegítima. Por eso aguarda el juicio de la posteridad. Esta figura dieciochesca y decimonónica, de contornos a menudo legendarios, que ha alimentado décadas de literatura, no ha recibido la condena de la historia. No hay nada abyecto, indigno o despreciable en ser un conspirador. Baste pensar en los carbonarios, los adeptos de aquellas sociedades secretas, por lo común de tendencia democrática, que en el contexto europeo luchaban contra los regímenes monárquicos. Valga por todos el ejemplo de Filippo Buonarroti, el revolucionario italiano, convertido más tarde en ciudadano francés, amigo de Gracchus Babeuf, fiel a los ideales igualitario-comunistas, infatigable artífice de innumerables revueltas, emblema del conspirador. A él se debe la famosa Conspiration pour l'Egalité, dite de Babeuf (Conspiración por la Igualdad, llamada de Babeuf), de 1828, donde, tras la condena a muerte de Babeuf, al reconstruir los sucesos de aquella revuelta descubierta y denunciada antes de tiempo, reivindica la palabra «conspiración».[5]

Desde luego, nada impide que en la penumbra en la que se mueven soñadores, revolucionarios, anarquistas o agentes secretos, en ese «mundo que nunca existió», como lo ha llamado Alex Butterworth en su fascinante libro, las fronteras se difuminen y los papeles se inviertan.[6]

Pero, entonces, ¿qué es un complot? ¿Cómo se lo define? ¿Qué noción proponer? Los cultores y los entusiastas de las definiciones se llevarán una decepción. El mero intento de captar de una vez por todas la esencia del «complot», que es escurridizo y disimulado, está destinado a no verse satisfecho.[7]

Quizá la etimología, como en otros casos, podría ser de ayuda. De no ser porque en el origen se esconde más de un enigma. Lo cierto es que la palabra complot circula en el francés antiguo, a finales del siglo XII, con el valor de «multitud compacta». Por eso, en una forma femenina ya olvidada, tuvo que indicar concurrencia, masa indistinta, apiñamiento –como una línea durante la batalla–. En los albores de la modernidad, complot emigró desde el francés a otros idiomas: italiano, español, alemán, sueco, portugués, etcétera. Y en dicho tránsito ese significado más específico dio paso, poco a poco, al más abstracto de «entendimiento común entre varias personas». De la masa apretada al acuerdo, de la unión indistinta a la avenencia, de la cohesión de los cuerpos a la unión de las mentes.

Más ambiguos y aleatorios resultan otros indicios. Por ejemplo, el de una asonancia con comploit, del latino complex, «cómplice», o de cum-plicare, «envolver, mantener junto». Pero hay también quien ha visto en «complot» el diminutivo de comblé, «colmado, lleno, atestado», del latín cumulus, que no solo quiere decir cúmulo, sino también «montón» o «congregación de personas». Algún etimólogo hay, en fin, que ha llegado a imaginar un verbo com-peloter: «complot» derivaría del juego de la pelota, así llamado a causa de la forma de la bola hecha de hilos de cuerda estrechamente entrelazados y recubiertos por un envoltorio. Diferentes rasgos del complot, desde lo inextricable de sus hilos hasta su recubrimiento exterior, reaparecen en esta fantasiosa versión, de la que no hay pruebas.

Mucho más digna de crédito e interesante es la pista del inglés; lengua en la cual, a su llegada, complot encuentra el verbo to plot,

«delinear un plan, trazar un diagrama». Se puede intuir, entonces, con facilidad la superposición y la sinergia entre los dos términos: un complot será, cada vez más, una unión con miras a un designio, a un proyecto. Más aún, es este mismo plan secreto, la maquinación misma. El valor figurado se vuelve preponderante, cuanto más que plot significa entramado, trama de un relato. Desde su originario contexto bélico, el complot transita hacia el contexto narrativo, donde se sitúa de manera estable sin abandonar en ningún momento su acepción política.

Si en la conjura hay rostros y nombres –por eso a menudo han pasado a la historia–, el complot es una masa compacta e indistinta, una colectividad cuyas individualidades permanecen desconocidas, un conjunto sin nombre, un aglomerado sin rostro. El complot es esta entidad vaga y nebulosa, opaca y escurridiza. No hay juramento ni promesa solemne, ni tampoco aliento o aspiración común. Nada que recuerde un acuerdo explícito. Tan solo un revoltijo oscuro, un denso amasijo, donde apenas puede adivinarse la filigrana de una trama. El misterio planea sobre ese entramado, el enigma lo permea y lo mantiene unido. Aquel «entendimiento» superior y oculto es tan impersonal que hace pensar en un inquietante engranaje autónomo.

He aquí, pues, el Complot o, mejor, el Poder. De hecho, en el mundo contemporáneo es así como se representa el poder: sin rostro y sin nombre, que domina en todo momento y lugar, que de ningún modo puede asirse; la red de órdenes automáticas, el prisma jerárquico oculto, el dispositivo técnico-mediático que gobierna a escala planetaria.

A quienes se han quedado sin las fuerzas subversivas de otro tiempo, confundidos y desorientados por la oscuridad y la niebla, el complot se les aparece del lado opuesto de la barricada. Ya no conspiran, ya no ponen en su mira a las autoridades constituidas. Para estos potenciales complotistas, luchar contra el «poder oculto» ejercido por refinados guionistas o simples ejecutores significa desenmascararlo, buscar en esa intriga, pese a todo, un nombre y un rostro.

Así pues, el complotismo no deja intacto el «complot»; intensifica y expande su sentido.**** Lo agrava con un añadido: el complot se

vuelve global y permanente.

Algo más descaminada aparece la fórmula «teorías de la conspiración», que arraigó hace un par de décadas y se ha revelado fuente de infinidad de malentendidos. Se trata, evidentemente, de la traducción del inglés conspiracy theories, expresión introducida por Karl Popper en su libro de 1945 La sociedad abierta y sus enemigos, pero registrada en el Oxford Dictionary en 1909 y en circulación ya en 1870.[8] Huelga subrayar que «teoría», lejos de conservar el rigor y la seriedad del modelo científico, tiene aquí valor peyorativo y designa una hipótesis fantástica, una mera habladuría, una creencia supersticiosa, una pseudoexplicación carente de fundamento. Pero, de esta manera, además de adoptar una actitud de censura, cediendo a un anticomplotismo superficial e ilusorio, se comete el grave error estratégico de reconducir las «teorías de la conspiración» a los criterios de lo verdadero y lo falso. Así, no solo no se acierta con el problema, sino que se acaba en un callejón sin salida. La veleidad de querer encontrar el criterio objetivo con que discernir y cribar no tiene más que efectos nocivos. El complotismo no puede medirse ni juzgarse o liquidarse. No es reducible a hipótesis teóricas, y por eso escapa a la dicotomía de verdad y falsedad. Por lo demás, la ausencia de pruebas se considera, a su vez, una prueba aplastante. Lo que para alguno es una fantasía complotista, para algún otro puede ser la acción de un complot más que real. Sería preferible hablar, en todo caso, de «relatos complotistas», a medio camino entre la escritura de la historia y el desarrollo de la ficción. Se hace necesario, por lo tanto, abandonar toda manía definitoria para preguntarse por el fenómeno en su actual complejidad.

EL DISPOSITIVO DEL COMPLOT

Se tiende a considerar el complot desde afuera y de forma instrumental. En algún lugar se está produciendo un complot. O ya se ha producido y podría repetirse. Por eso, según se lo juzgue, es concebido como una superstición, una patología, una mentira, un veneno.

Quizá convendría, por fin, un cambio de perspectiva para considerarlo desde dentro. Entonces el complot se extiende y se agrava. Por eso aparece, principalmente, como la forma política que subsiste en la época del eclipse de la política. No se trata de una forma cualquiera, sino de un «dispositivo» en el sentido en que la filosofía ha elaborado tal concepto reflexionando sobre la técnica. El complot no es un mero instrumento, uno entre tantos, del que se sirve la política. Es, por el contrario, el dispositivo donde el poder se articula, se ejerce, se disimula. Es la máscara del poder en la época del poder sin rostro.

Precisamente porque se trata de un entramado reversible, el complot responde a aquel desdoblamiento de la realidad característico de la política contemporánea en su profunda metafísica. En efecto, nunca como ahora había parecido la realidad tan rígidamente programada y planificada, hasta el punto de ser del todo previsible. Nunca como ahora se había revelado tan frágil e inconsistente, hasta el punto de suscitar una inquietud sin precedentes.

Como su valor metafórico no ha quedado interrumpido en ningún momento, al hablar de complot imaginamos una trama, una red de enlaces, una urdimbre que puede expandirse. Lo cierto es que lo que se ha visto ampliado ha sido esta imagen, y el complot se ha vuelto tan vasto como el mundo. La técnica ha contribuido de manera decidida. La red ha conectado el mundo, lo ha unido de un polo al otro, lo ha rodeado y envuelto, lo ha circundado y circunscrito hasta modificar su imagen misma. El mundo de la red

es la representación técnica del mundo: cables telemáticos, líneas eléctricas, fibras sintéticas, flujos móviles que, en medio de un dédalo de nudos, de un laberinto de enlaces, corren, se ramifican, se cortan en el aire, en los abismos oceánicos, en los meandros de la tierra. Tecnología hard y tecnología soft se pasan el testigo en todas las latitudes del ciberespacio. No se limitan a informar, sino que forman. Ordenan, preparan, regulan.

Ya no somos números en el ordenador de Dios. Estamos cautivos en la red omnipresente que, en secreto, dispone el mundo. Líneas invisibles y cables impalpables nos siguen por doquier. Dondequiera que lleguen y salgan mensajes, allí el poder se manifiesta y aumenta la sospecha. De pronto, parece que el mundo esté organizado y controlado por un enorme complot. El mundo se ha convertido en complot, el complot se ha convertido en mundo. Y ello gracias a la imagen técnico-mediática.

Ya no se trata de la intriga aislada, de la maquinación de quien opera entre bastidores, cuyo secreto político hay que sacar a la luz. El secreto es, más bien, el del mundo atrapado en el complot o, mejor dicho, el del complot mundial. Que se evoque la imagen no debe despistar, de todos modos: la cuestión no se limita a la espacialidad y la visibilidad. El complot es la forma en que hoy entendemos el mundo y lo habitamos.

Se habla de «dispositivo» teniendo en mente la traducción del célebre término Gestell, que Martin Heidegger introdujera en la filosofía para referirse al disponer, al emplazar de la técnica.[9] Predispuesta en vista del dominio y el control, como si fuera un instrumento neutral al servicio de la humanidad emancipada, la técnica deja ver su rostro oscuro y turbador. Hace ya tiempo que el mecanismo se ha vuelto incontrolable, que el engranaje avanza de forma autónoma, que el dispositivo ordena y dispone. El sujeto moderno, convencido de que a través de la técnica puede dominarlo todo, queda apeado. El proyectista se convierte en lo proyectado. Y descubre que se lo emplea en una producción sin límite, que se queda en encargado de la fábrica de ordenar.

El mundo regido y orientado por el dispositivo de la técnica es el mundo del complot, donde la realidad está construida, si es que no enteramente manipulada, por la red mediática. Pero el

«dispositivo», tal como Giorgio Agamben lee el pensamiento de Michel Foucault, se refiere también a la oikonomía, es decir, a la máquina gubernativa, a la administración pura y simple en la época en que la política queda en suspenso.[10] Dicha máquina, que gira sin cesar, lejos de ajustarse a un designio providencial de salvación, amenaza con llevar el mundo a la catástrofe.

No se captará la vastedad del complot, cuya extensión es ya planetaria, sin considerar sus aspectos económico y político, además del técnico. En efecto, el complot es la forma constitutiva de un mundo plegado a la hybris capitalista y dominado por la omnipotencia del Estado. Precisamente el Estado, construcción artificiosa y profundamente ambigua, promesa de protección y seguridad, amenaza de captura e inseguridad, es el gran espectro del complot. No ya solo los lúgubres aparatos burocráticos, los servicios secretos, quintaesencia del espionaje y de las actividades ocultas. Es el Estado mismo, en su sólida conexión con la técnica y el capitalismo, lo que de manera creciente aparece como un complot de vastas proporciones. En el fondo, esta es la revelación más reciente y clamorosa, para la que ya preparaba la vocación totalitaria del complot. El paisaje político lleva ya tiempo alarmado por el fantasma del Estado mundial, fuente de aprensión, motivo de reproches. Por eso mismo, no es sencillamente que el complot de Estado adquiera vastas dimensiones, es que deviene en complot mundial.

¿Cómo sustraerse a ello, adónde huir? No hay escapatoria. En el Imperio del Complot todos se encuentran inermes ante un dispositivo técnico-estatal insondable. El poder sin rostro es diseminado de forma secreta con una astuta opacidad que impide descubrir sus huellas, dar con sus hilos. Cada cual se ve arrojado a la vorágine del complot, donde se siente manejado por desconocidos manejados a su vez por otros. Por eso la existencia está hiperorganizada y, al mismo tiempo, es del todo imprevisible. Si el complot se asienta en el corazón del Estado, es porque el poder se ejerce no solo por medio del complot, sino gracias a la amenaza de complots inminentes, externos e internos, constantemente evocados como presagio y desafío para la supervivencia.

¿Es posible deconstruir la metafísica política sin aguardar a la

fantasmática revelación del secreto? Si no se hace así, se sacrificaría todo a la espera angustiosa e irresolutiva de que, desenmascarado el complot, la realidad deje de estar desdoblada. Solo entonces podrían por fin coincidir la que se muestra, que es ficticia, y la que está oculta, y es la efectiva. Ahora bien, ¿en verdad existe un secreto, un saber final, un fundamento último sobre el que todo se sostiene? ¿No será que el secreto es que no existe el secreto, como tampoco ningún fundamento último? Pretender acceder a otra realidad, situada más allá, oculta y verdadera, sería letal y autodestructivo.

Es lo que se desprende de 1984, de George Orwell, donde Estado y Complot se compenetran en un orden biopolítico que interviene hasta en lo más íntimo de la vida. Como en un largo proceso iniciático, el secreto último es que el secreto no existe: en la base del tal orden no hay un saber último ni un último fundamento. No fiar en ello y no buscarlo: he aquí la vía de salvación, la posibilidad de supervivencia.

Se impone, pues, desenmascarar el complot, pero solo si por complot se entiende aquel dispositivo de poder que consiste en una exigencia que es arcaica porque mueve a creer en que se puede y se debe buscar un arché, un principio y un mandato, en la explicación del mundo y sus sucesos.

DEMOCRACIA Y PODER

Si el complotismo fuera un residuo del pasado, ya debería estar agotándose. Al contrario, de tan extendido como está en las actuales democracias, parece más bien un aspecto de estas en absoluto casual. ¿Cómo es posible? ¿Cómo se explica ese lazo, tan sorprendente y sin embargo tan íntimo, entre complot y democracia? Precisamente la palabra clave «poder» puede ofrecer la respuesta.

Para conseguirla, basta con una breve ojeada al arranque de la modernidad democrática. Es en el nuevo paisaje político al que da acceso la Revolución Francesa donde el complot se asienta y toma fuerza. Solo si se lo observa en dicho contexto es posible captar su significado actual.

Es difícil, para quien vive hoy en la estela de un legado secular, imaginar siquiera remotamente la gran sorpresa que fue la Revolución de 1789. Nunca antes se había visto un suceso tan excepcional, tremendo y devastador –y, por ende, también indescifrable y arcano–. En poco tiempo, la más antigua monarquía europea había quedado barrida, pero era el viejo orden lo que aquella profunda sacudida había resquebrajado para siempre. Por fin las puertas de la historia se habían abierto para la multitud, que salía a cielo descubierto a convertirse en protagonista de su propia vida. La política alcanzaba a las masas y las masas tomaban la palabra en el espacio público. He ahí el pueblo soberano, he ahí la democracia.

¿Quién había podido concertar tamaña acción diabólica, un malhadado complot subversivo en contra de la monarquía, los poderes constituidos, la propiedad privada y la religión cristina? Es de aquí de donde surge la visión complotista de la Revolución Francesa, que inauguraría esa larga tradición interpretativa cuya meta era eliminar el azar de la historia: si algo había ocurrido fue porque alguien lo quiso así. Siguiendo los pasos de Augustin

Barruel, quien en 1897 y 1898 había propiciado la lectura complotista canónica en su Compendio de las memorias para servir a la historia del jacobinismo, muchos contrarrevolucionarios clamaron contra el complot jacobino-masónico, maquinado por los philosophes, los exponentes de la Ilustración.

Pero también en el frente opuesto estaba activa la manía complotista. Desde el primer momento, los revolucionarios habían denunciado tramas sospechosas y actividades secretas de monárquicos, clericales y agentes extranjeros que amenazaban la patria y la libertad. Se señalaba con dedo acusador el complot aristocrático. De Saint-Just a Marat, se elevó la llamada a la acción preventiva, al tiempo que la sospecha empezaba a insinuarse por doquier. Robespierre fue el paladín de la vigilancia contra el complot oscuro y permanente. En un horizonte cada vez más maniqueo, dividido entre patriotas y culpables, se perfilaba la deriva del Terror.

En su libro sobre la Revolución Francesa, el historiador François Furet subrayó la importancia de la idea del complot, que se diría cortada por el mismo patrón que había dado forma a la conciencia revolucionaria.[11] Es como si la búsqueda del poder oculto atormentara desde sus comienzos a la democracia.

El pueblo es por fin soberano. Pero su poder ¿dónde reside? Si antes se concentraba en el cuerpo del rey, y era por lo tanto perfectamente identificable, con el abandono del modelo real y el advenimiento de la democracia ya no se sabe dónde reconocerlo. Parece volátil y escurridizo. Una y otra vez se somete al sufragio de los ciudadanos. El pueblo es el poder, pero solo la palabra garantiza que el poder pertenezca al pueblo, que nadie pueda arrogárselo. El poder del pueblo es, de hecho, el poder de nadie. Se abre un vacío inédito, colmado de modo provisional por la palabra, que es común y pública, mientras que el poder se alimenta en el secreto.

¿De verdad que el poder ha acabado en ese vacío? ¿Tanto trabajo para llegar a un resultado tan desconcertante? A duras penas puede creerse que la democracia no sea más que eso: en lugar del fundamento absoluto del soberano, la ausencia de fundamento y de absoluto. Se comprende el estupor de los ciudadanos, arrojados al escenario de la modernidad democrática. Y además del estupor,

también la incertidumbre, la perplejidad, el ansia. El poder del pueblo es un enigma, un misterioso «vacío» que, bien mirado, pronto se llena de espectros. Son los espectros del complot: detrás de la apariencia del poder recién conquistado se esconde el poder real de fuerzas ocultas. Este imaginario suple la idea del soberano. Es la metafísica misma la que, al impedir deshacerse del mito del poder, favorece el complot.

Por lo demás, el ansia de demistificar el poder invisible será en adelante el mal oscuro que corroa desde dentro la democracia contemporánea, y representa un grave peligro. Sin duda, hoy el poder parece cada vez más escurridizo, ubicuo, reticular, proyectado sobre los canales de la técnica y los flujos de la economía, privado de centro y quizá de dirección. Carece de rostro, carece de nombre, carece de orientación. La inquietud que siente quien se ve afectado por él atañe justamente a su localización. No se percibe más que su presencia difusa, lo cual aumenta la incertidumbre y la sospecha. Del efecto se retrocede hasta la causa. El escepticismo se trueca en la certeza dogmática de que hay un lugar oculto del poder. Emergen así los oscuros espectros del complot que infestan el escenario político y que se multiplican cuando el rey está desnudo, es decir, cuando el poder que gobierna en el reino de la economía planetaria no puede evitar quedar al descubierto.

Y es que precisamente la pregunta «¿dónde está el poder?» es engañosa, y de ella nace buena parte de la crisis actual de la política. Como apuntaban Claude Lefort y Michel Foucault en sendas visiones especulares, sería vano tratar de localizar el poder, el cual, bien mirado, está en todas partes y en ninguna, porque en cada ocasión reside en un lugar diferente, y en cada uno funciona de modo distinto.[12]

La búsqueda angustiosa de las «fuerzas ocultas» no hace sino manifestar, bien al contrario, la incapacidad profunda de vivir la democracia, la cual está en todo momento atravesada por una discrepancia permanente, agitada por una inquietud insuperable. Con una fórmula ya célebre, Lefort captó el rasgo revolucionario de la democracia en el «lugar del poder [que] se convierte en un lugar vacío».[13] Carencia de fundamento, división, apertura: en la

comunidad democrática el pueblo no puede proclamarse soberano más que en sentido simbólico, nunca sustancial ni identitario; es decir, que no puede ocupar el lugar del poder, el cual, por el contrario, debe permanecer vacío.

Quien lo quiere ocupar pone la mira en encerrar en sí el cuerpo comunitario, aboliendo toda alteridad, que es proyectada al exterior, quizá en la imagen de un extranjero, de un enemigo. Tal ha sido la estrategia política de Trump, orientada a descalificar y deslegitimar la democracia. El espectro del complot amenaza entonces con deslizarse hacia el fantasma totalitario. Gobernar agitando la pesadilla del caos, el espantajo del «Estado profundo» y del gobierno planetario en la sombra es una manera caricaturesca, y aun así temible, de cabalgar a lomos del descontento, pero dirigiéndolo no hacia el interior del marco democrático, sino en su contra.

Deformados por la lectura complotista, impaciencia, frustración y resentimiento pueden instilar el «odio por la democracia» señalado por Jacques Rancière.[14] En su denuncia sistemática de los «poderes fácticos», que confiscan la soberanía del pueblo gobernando en provecho propio, el complotismo coincide con buena parte del populismo. Tanto en un caso como en el otro se imputa a una maquinación secreta la divergencia entre la idea de democracia y su realización.

LA CAUSA DE TODOS NUESTROS MALES

Si la crisis global se agrava, si los sucesos se precipitan, alguien, en algún lugar, deberá responder de ello. Es necesario hallar una explicación para aquello que parece inexplicable. Una quiebra bancaria, un escándalo judicial, un asesinato político hay que atribuírselos al «culpable». Nombre, lugar, rostro. En su interpretación «alternativa», el complotismo se repite, reitera un idéntico esquema causal. Lo sucedido es el efecto de una causa que es necesario descubrir. Es más: lo sucedido es el resultado de la intención de un sujeto –individual o colectivo– que ha actuado en interés propio; un interés, por lo general, bien disimulado.

Los ojos bien abiertos, pues, y los oídos aguzados para rastrear las pruebas, recoger los indicios y descifrar los signos, antes de desprender de ellos la conclusión. El complotista se pone el traje de diagnosticador, a medio camino entre el psicoanalista y el investigador. La explicación causal parece colmar, ante todo, un vacío cognoscitivo, la necesidad de saber. Pero no es difícil entrever objetivos ulteriores. La búsqueda de la causa es, a la vez, también la acusación. Y tal imputación contiene, implícita, la condena moral. Pero desvelar un complot significa no solo denunciar al culpable, sino además estigmatizarlo como enemigo político, y a menudo también demonizarlo. La denuncia constituye ya una asonada, el comienzo de una caza de brujas, si es que no una llamada a las armas o incluso la licencia para un exterminio.[15]

El paisaje se llena de fuerzas ocultas, de manipuladores nefastos, de figuras satánicas, que son otras tantas fuentes del mal. Es necesario guardarse de ellos constantemente y, a la vez, no dejar de revelar sus recónditas intenciones. A este respecto, el gran historiador del antisemitismo, Léon Poliakov, introdujo la eficaz fórmula de «causalidad diabólica» para indicar la inagotable búsqueda de agentes pérfidos y abyectos a quienes imputar el mal del mundo. Los Judíos, por ejemplo. En el prefacio a su obra La causalidad diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones, publicada en

1980, Poliakov reconoce su deuda para con una iluminadora observación de Albert Einstein, quien ya en 1927 había advertido contra la creencia en la acción de los demonios, base del concepto de causalidad.[16] Por aquellas fechas, Einstein acababa de leer el ensayo de Lucien Lévy-Bruhl sobre la mentalidad primitiva. Pero lo interesante es que Poliakov –él mismo lo admite– haya llegado a dicha fórmula estudiando los fenómenos totalitarios del siglo XX, en cuya base está la convicción de que los movimientos reales de la vida política los manejan causas ocultas que actúan entre bastidores. Lo peor se da, como en el caso de Hitler, cuando son los adeptos al complotismo quienes llegan al poder. En la demonología hitleriana, las fuerzas del Mal, los enemigos escatológicos, fueron los Judíos.

Pero, yendo incluso más allá de Poliakov, puede decirse que el nazismo ha sido la pasión arcaica por la causa última, la regresión hacia el poder causal de un Otro que sujeta los hilos del caos y de la destrucción. En el fondo de la Shoá está la dificultad humana de afrontar la angustia existencial y la inestabilidad política.

Como sugirió Manès Sperber, tal «concepción policial de la historia» perdura incluso después del nazismo, inconfesa y sin embargo ampliamente practicada, en los regímenes más o menos democráticos.[17] De este modo, una vez certificada (y eliminada) la causa de todos los males, la idea de una posible salvación se mantiene con plena firmeza.

Cuanto más devastadores y perturbadores son los efectos, tanto más poderosas y espantosas son las causas –los Judíos, el Capital, la CIA, Bill Gates–. El pensamiento complotista tiene en cuenta las proporciones. Y funciona restableciendo una suerte de orden explicativo, atribuyendo los acontecimientos a las intenciones malévolas de sujetos que, con plena conciencia, urden planes, elaboran proyectos siempre bien disimulados. No hay casi ni un solo texto acerca de las «teorías conspirativas» que no cite a Popper, quien en su libro de 1945 La sociedad abierta y sus enemigos, y más tarde en Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico, subraya la conexión entre el complot y el esquema causal. A quien tiene en mente el complot lo mueve una forma de creencia o, mejor, de superstición, que lo empuja no solo a buscar a

los culpables, sino también a considerar que todo cuanto se quiere puede llevarse a cabo. Se borra la casualidad, se elimina cualquier incógnita, como si en verdad todo sucediera siempre según lo establecido. Por eso, según Popper, la «teoría social de la conspiración» es una visión tan primitiva como el teísmo: los dioses, que con sus caprichos y sus voluntades regían, para los Antiguos, las suertes de los humanos, han sido suplantados por grupos siniestros o por individuos sospechosos, a cuyas demoníacas intervenciones puede imputarse cualquier desgracia.[18]

Se inaugura, así, un modo muy difundido de entender el complotismo como reacción al «desencantamiento del mundo» –según el célebre modelo interpretativo de Max Weber–, la supervivencia, pues, de un pensamiento mágico a pesar y, más aún, en antítesis a la racionalización creciente. Se trataría, en definitiva, de un fenómeno profundamente antimoderno, un retorno irracional al pasado por parte de quien prefiere cerrar los ojos y no aceptar las «explicaciones más evidentes» y más incómodas. Umberto Eco retomará y relanzará con éxito este perentorio juicio condenatorio.

Pero, bien mirado, quien sometió el esquema causal a una crítica rigurosa, que ha dejado una marca indeleble, fue Friedrich Nietzsche. «Nosotros somos los únicos que hemos inventado las causas […]. Continuamos actuando de igual manera que hemos actuado siempre, a saber, de manera mitológica».[19] La necesidad de asignar una causa traiciona una exigencia irreprimible de seguridad, la imposibilidad de soportar cuanto es nuevo, desconocido, enigmático. Por eso deja al descubierto aprensión, temor, debilidad. La causalidad no es un esquema teórico, sino una pulsión. El diagnóstico de Nietzsche es despiadado: «Así pues, el instinto causal está condicionado y es excitado por el sentimiento de miedo».[20] La necesidad psicológica de creer en una causa reside en la imposibilidad –humana, demasiado humana– de representarse un suceso carente de intenciones. Por eso remontarse hasta una causa y atribuir una intención es, según Nietzsche, el mismo gesto. Todo lo que acontece es para nosotros un obrar que presupone, por lo tanto, un agente, un sujeto dotado de voluntad, esto es, del poder de desencadenar efectos. Así, humanizamos el mundo a imagen nuestra, y suponemos además que dicha interpretación sea una estructura objetiva. No admitimos que la realidad sea gradual y los

fenómenos, complejos. Aunque no se trate más que de una ingeniosa representación nuestra, preferimos vivir en un mundo de espejismos y fuegos fatuos con tal de poder hallar explicación –es decir, reconducir lo inhabitual a lo habitual– para desembarazarnos de la impresión de extrañeza. Conocer no significa entonces explorar lo desconocido, sino reducirlo a lo conocido. No queremos en absoluto conocer, sino, por el contrario, no vernos afectados en nuestra imperturbable fe de conocer ya. Una explicación cualquiera es preferible a la falta de explicación.

No se trata, simplemente, de mentalidad primitiva o de una visión irracional, como sostiene Popper, entre otros. La cuestión es más profunda. Siguiendo a Nietzsche puede decirse que la causalidad diabólica es una pasión metafísica. Se busca la causa, es decir, se identifica al sujeto culpable que se oculta entre bastidores, al agente maléfico dotado del poder soberano de causar daño, al enemigo único y absoluto que se esconde en el oscuro trasmundo. En la oposición maniquea de luz y oscuridad, bien y mal, que caracteriza a la metafísica, el enemigo absoluto encarna al Mal tenebroso. Todo está permitido para defenderse de este agente destructor. El mal viene de afuera, del más allá, del trasmundo, donde anida el enemigo satánico que provoca sucesos trágicos y devastadores.

Visto así, el complotismo no es sino la visión exacerbada de la política metafísica.

HAMBRE DE MITOS

Al imaginario no se le suele reconocer ningún papel en el ámbito de la política, donde, por el contrario, son los criterios y los valores de la razón los que dominan. Cuanto no encaja en la argumentación rigurosa, cuanto brota de los recovecos más arcanos de la inmensidad onírica, queda relegado a una zona de sombra que aparece, por lo tanto, como impenetrable. Sueño, mito y utopía llevan décadas apartados del espacio público. Así lo ha determinado no solo el hiperrealismo capitalista al hacer pasar por totalitaria cualquier alternativa, sino también la racionalización técnica de la vida.

Y, sin embargo, ¿quién podría sostener, con plena convicción, que el sueño no tiene parte en las vicisitudes de la política? Un simple vistazo al pasado reciente enseña que las grandes transformaciones de los últimos siglos las ha propiciado y acompañado, para bien y para mal, un poderoso imaginario. Podrían aducirse numerosos ejemplos. ¿Qué destino habría tenido el marxismo, reducido a sistema dialéctico-científico, de haberse visto privado de su llamado profético y su carga mesiánica? Y una consideración análoga vale asimismo para milenarismos de toda clase, nostalgias pasadistas, cultos a la personalidad, obsesiones maléficas y complots. De todo lo cual, por otra parte, también afloran huellas evidentes en el paisaje político actual.

A propósito de dicho imaginario resulta oportuno hablar de «mito». Sobre el mito existen interpretaciones divergentes y opiniones en ocasiones opuestas: para algunos es una cortina de humo, una mistificación que altera la verdad de los hechos y contraviene las reglas de la lógica, mientras que para otros es un relato que, pese a provenir del pasado, conserva intacto un poder explicativo en el presente y en el futuro. A partir de Nietzsche y Freud, el mito ha vuelto a estar en auge a lo largo del siglo XX. Al igual que el sueño, rehúye toda reducción conceptual y funde contenidos de épocas diversas. Salta a la vista la temporalidad cíclica del mito, que, pese

al freno de la razón ilustrada, resurge con vigor tras cada una de sus aparentes destrucciones. No es casual que Carl Gustav Jung lo piense como un arquetipo del inconsciente colectivo que permanece vivo en lo más hondo de los pueblos, como un envoltorio narrativo que, sin agotarse jamás, supera todas las fracturas. De aquí a las ideologías de masas hay solo un paso.

Son célebres las palabras de Mircea Eliade: «El mito relata una historia sagrada; es decir, un acontecimiento primordial que tuvo lugar en el comienzo del Tiempo, ab initio».[21] Además de ser un relato legendario, el mito ofrece una pauta interpretativa, un conjunto de claves hermenéuticas que pueden servir para reordenar ese caos desconcertante de sucesos al que el mundo parece precipitarse. Por eso tiene su propia sintaxis asociativa, su lógica; un código propio en el que transcribe su mensaje, y por eso hay que entenderlo y desencriptarlo a través de dicho código: una coherencia laberíntica que representa asimismo la promesa de un hilo conductor. En este sentido, posee su propia verdad absoluta, que resiste cualquier desmentido.

Además, sería limitativo no captar también su p otencial para la movilización, que sale a la luz precisamente en los mitos políticos, versión contemporánea de los grandes mitos sagrados. Fluido y ambivalente en la medida justa para recubrir la nueva realidad con su sutil cuadrícula, el mito político posee un efecto rompedor que no debe infravalorarse. Fue Georges Sorel quien evocó su energía explosiva al atender, en particular, a la huelga general, el mito por excelencia del proletariado, que «encierra todo el socialismo proletario».[22]

Los mitos políticos actuales son cuanto queda en el imaginario político tras el final de los grandes relatos. Por eso, sin duda, la huelga general no ejerce la atracción mítica de otros tiempos. Sin embargo, los mitos que siguen existiendo tienen una capacidad de penetración mucho mayor. Entre estos, un lugar especial lo ocupa el complot, mito del pasado más remoto que sobrevive con una vida póstuma inédita. Lo cual debería llevar a reflexionar sobre la época actual, cuando el mito del complot, además de remitir al lugar oculto del poder, lanza una acusación y, a la vez, instiga a la autodefensa.

Para entender de qué manera este imaginario puede causar efecto hoy, vale la pena recordar una fórmula, no siempre clara, usada por Furio Jesi: «máquina mitológica».[23] El mito es el relato sagrado, que trata de colmar la distancia primordial que separa a hombres de dioses, tal como sucede en el paisaje griego, donde a dicho abismo se lo llama chaos. Pero la mitología griega no está ligada a la suerte de los dioses de manera indisoluble: perdura cuando los dioses han huido y ha sido proclamada la «muerte de Dios». Incluso quien no crea en este luto queda de todos modos inscrito en él. La «máquina mitológica» es un artilugio que mezcla materiales mitológicos varios –imágenes opacas, cultos enigmáticos, fórmulas mágicas, símbolos arcanos, rituales ocultos– y combina pasado y presente, más aún, mito e historia. Es una mistificación no porque relacione épocas y culturas diversas, sino porque proporciona una visión homogénea del tiempo histórico y, sobre todo, alude a una fuente secreta más allá de la historia, a un eterno presente del mito.

Por mejor explicitar, se podría hablar de un fondo arcaico, de un fundamento árquico. La máquina mitológica es autofundadora, en el sentido de que sitúa su propio origen fuera y más allá de sí misma, en ese manantial remoto que suele permanecer inalcanzable. He aquí, en cambio, que como en un comercio de ropavejero, de baratijas, de quincalla, la máquina junta materiales de la mitología tomándolos de aquí y de allá, probando a darles nueva vida. La receta consiste en insuflar el color de la vida en dichos materiales, plácidamente inertes, para así hacerlos fácilmente digeribles. Por ejemplo, cruces gamadas, símbolos rúnicos o fasces de lictores. El resultado es un producto sombrío y kitsch. Aquel que lo prueba experimenta la ebriedad fatua de entrar en contacto con aquel manantial mítico y secreto, negado de otro modo, y así ve aplacada, de manera provisional, su hambre de mitos, que permanece, no obstante, insatisfecha. A esto se refiere Theodore Ziolkowski para señalar la clamorosa tendencia a la «gastronomía del alma» en la Alemania de los años veinte, fórmula que designa la condición humana a la vez presupuesta y fomentada por la máquina mitológica.[24]

Quienes tienen hambre de mitos, a falta del original se contentan con el alimento mitológico, esa pacotilla de ningún modo inocua o, mejor dicho, literalmente mortífera, pues trae consigo amenaza de

muerte y puede llevar a la muerte. Este esqueleto morfológico, esta trama de estereotipos, fórmulas, símbolos y rituales, encuentra casi siempre un empleo político cínico para el mantenimiento del orden.

¿Se puede hablar solo de «cultura de derechas»? Es evidente que no. Sería más adecuado encuadrar la máquina mitológica en una cultura nostálgica y tradicionalista más amplia, profundamente reaccionaria porque no solo es reactiva ante lo ignoto del presente, sino también ante la escasez de medios interpretativos que ayuden a leer el mundo. Incapaz de elaborar nuevas coordenadas, a esta cultura le basta con rumiar alimentos añejos. Lo mismo puede valer para la izquierda.

El mito del complot, que sobrevive de un modo tan omnipresente, no es, pues, un mito en sentido propio, sino el resultado de la máquina o, mejor, del dispositivo mitológico. La red tendida sobre el mundo, que lo envuelve y lo aovilla, no tiene solo la metálica asepsia de la técnica, sino que se aviva gracias también a la carne muerta de la mitología. Es en esta alquimia donde reside su mortífera gravedad.

EL CEMENTERIO DE PRAGA: LA ARCHIESCENA DEL COMPLOT

En algún sitio está el lugar en el que se congregan quienes manejan los hilos, quienes tejen la trama del complot. El acceso a dicho lugar, difícil y peligroso, es un pasaje iniciático, un descender a las tinieblas, un penetrar en las cavernas del poder. Su umbral separa metafísicamente bien y mal, luz y oscuridad, día y noche, libertad y despotismo, justicia y arbitrio, transparencia y misterio, vida y muerte. Concebida como una pirámide invertida, la imagen del complot representa, de la manera tal vez más intensa y transparente, la antítesis del orden universal.

Ya sea una estancia escondida, el fondo de un pórtico, un sótano, una cripta o incluso un cementerio, el lugar del complot, protegido por un exterior anodino y disuasorio, o por una entrada agobiante, es el corazón exangüe del engranaje mortífero, la sede lúgubre del dominio, el arché espectral del dispositivo. El diseño político se reitera en la simbología transmitida: distante aunque próximo, periférico aunque central, ese lugar impenetrable, presente en lo más íntimo de la comunidad, es el lugar de la excepción soberana. Donde se rehúsan las leyes, más aún, todas las reglas de la normalidad. Los adeptos al complot, extraños procedentes de otros lugares, extranjeros de códigos secretos y usos malvados, satisfacen solo sus apetitos y no obedecen sino sus propios imperativos. Prefieren la noche, cuando las sombras se adensan y ya nadie puede ser identificado, mientras se apaga toda luz de familiaridad. Lúgubres y fríos, envueltos en ropajes oscuros o en blancos sudarios, son espectros inquietantes que surgen del subsuelo de las catacumbas, que se alzan desde ultratumba para erigirse en supervisores y jueces, con capacidad para dar vida a autómatas y consumir toda linfa vital.

La archiescena del complot, lugar donde es anudado el último hilo de la urdimbre, presenta rasgos que se mantienen constantes. La rica iconografía y la extraordinaria variedad narrativa siguen el mismo guion, constituyen una única estructura. En el fondo del

complot yace oculta la misma trama. Entre una literatura inmensa, tres relatos aparecen como emblemáticos no solo por lo afín de su estructura, su estilo sensacionalista y el repertorio de sus imágenes, sino también por el valor mitológico que han adquirido en el imaginario político. Son los relatos de tres complots: judío, jesuítico y masónico. De su comparación emerge un esquema destinado a repetirse. Si el tema jesuítico va a ir diluyéndose, los otros dos se superpondrán para converger en el arquetipo de todos los complots: el «judeo-masónico».*****

El primer relato se debe a la pluma de Hermann O. F. Gödsche, un exfuncionario del servicio postal prusiano que, bajo el pseudónimo de Sir John Retcliffe, publicó en 1868 la mediocre novela Biarritz, que contenía un capítulo titulado El discurso del rabino. El relato fantástico pronto pasó por documento falso. Con todo, no se trataba todavía de Los protocolos de los sabios de Sion, aunque se les proporcionara ya el modelo literario. Gracias precisamente a un complot, a una intrincada trama policial, pocos años más tarde se generaba el mito del complot judío. Este mito carece de inicio, pues no existe un original, y más aún de final, dado que, pese a haber provocado el exterminio, sigue siendo el banderín de enganche de una reiterada movilización antisemita.[25]

En el antiguo gueto de Praga, donde los judíos han vivido durante siglos del todo apartados, un singular anillo de casas ruinosas, apoyadas una en otra, circunda y cierne, casi protegiéndolo, un alto muro, en algunos tramos consumido y agrietado. Arbustos silvestres y macizos de saúco podrían producir una impresión engañosa. Ni un soplo de paz melancólica alienta tras esa tapia, como convendría a un lugar de reposo, sino que allí se debate el espíritu de un pueblo, condenado a errar eternamente, que, al cabo de sufrimientos, luchas y persecuciones, ni siquiera allí ha encontrado la quietud. Es como si las tumbas que se han ido superponiendo en confusión, capa tras capa, por falta de tierra, abatidas por el viento y cubiertas de maleza, de repente se abrieran de par en par dejando que las lápidas de arenisca se elevaran desde los estratos más hondos. Al cementerio judío más antiguo del que se tenga noticia, a esa ciudad de los muertos, se le da el nombre de «morada de la vida», como si

pudiera brotar de allí un impulso misterioso que trastrueque las suertes, convirtiendo a los exiliados de otro tiempo en los nuevos amos del mundo. La soberanía planetaria venidera se ocultaría en el fondo oscuro de ese desierto sepulcral. No es casual que, entre todas las lápidas, destaque la del Rabí Judah Loew, el Maharal de Praga, el gran cabalista, que derrotó a la muerte dando vida con artes mágicas al Gólem, la máquina de arcilla capaz de vengar al pueblo judío.

Es ya de noche cuando dos hombres se han dado cita: el primero, alto de estatura y de inconfundibles rasgos germánicos, tiene un aspecto espiritual y decidido; también el otro traiciona sus orígenes por la palidez y los rasgos de su rostro. Son un joven estudioso berlinés que puede descifrar lenguas antiguas, capaz de comprender incluso el caldeo, y un judío italiano que se ha dejado mojar la cabeza con un poco de agua bautismal, un marrano, en suma, cuyo apellido, Lasali, recuerda el del famoso socialista. Están unidos por un pacto suscrito en las catacumbas de Roma tres años antes, cuando el judío italiano, alardeando de doctrina y saber, le prometió al otro, en señal de reconocimiento por haberle salvado del peligro, que le revelaría los secretos de la Cábala, la mística judía, clave de todos los complots contra el mundo en su conjunto. Conscientes de los riesgos mortales que corren, se adentran por las callejas tortuosas del gueto de Praga y, por un estrecho pasaje, penetran en el cementerio, donde, en un rincón oscuro, esperan apostados conteniendo la respiración.

A las once, apenas el reloj de la torre ha escandido sus tañidos, las verjas del cementerio chirrían y se entreabren. Sombras confusas, envueltas en largos taledes blancos, se deslizan furtivamente en medio de la gélida noche. Una tras otra se arrodillan ante una lápida, tocándola con la frente tres veces, mientras musitan una oración. La escena se repite con cada uno de los representantes de las doce tribus de Israel. Suena la medianoche cuando la decimotercera figura, que representa a la tribu de los exiliados, ocupa su lugar junto a las otras. Se trata del sanedrín que, según una costumbre milenaria, reúne a las tribus cada cien años en torno a la tumba del maestro Caleb, el gran rabino Simeón Ben-Yehudah,

para concertar el plan de conquista del mundo. Se eleva, de la fosa, un sonido metálico, y una llamita azulada proyecta una claridad lívida sobre los congregados. «Si dieciocho siglos han pertenecido a nuestros enemigos, el siglo actual y los venideros habrán de pertenecernos a nosotros», proclama el rabino en la noche del cementerio de Praga.

Quien preside es Aarón, cabeza visible de los levitas. Resuena, para cada tribu, el nombre de una metrópolis europea –París, Londres, Viena, Ámsterdam– signo del poder judío, allanado por el progreso. Cada cual presenta un balance de los últimos cien años y propone una maquinación: transacciones en la bolsa, endeudamiento de las naciones, adquisición de tierras, rebajamiento de los artesanos a obreros, destrucción de las iglesias, debilitamiento de los ejércitos, fortalecimiento de la revolución, monopolio del comercio, acaparamiento de los servicios públicos, hegemonía cultural, matrimonios mixtos, subversión de la moral. El último en intervenir es Manasés, para decir que nada de todo aquello aprovecharía sin la prensa, que transforma la injusticia en justicia, la humillación en honor, que divide a las familias y hace que los tronos tiemblen. Concluye Aarón recordando que «al pueblo de Abraham, desperdigado por la tierra, ha de pertenecerle la tierra toda». Nunca la hora había estado tan próxima. Porque el oro es el dominio sobre el mundo: tal es el secreto de la Cábala. En la lucha milenaria de Israel, gracias a catástrofes de toda clase, por fin el nuevo siglo será el tiempo del dominio planetario. El último fulgor de la llamita azulada desgarra la noche lúgubre. Así termina la reunión. Pero ninguno de quienes han participado en ella ha advertido la presencia de esos dos hombres, el erudito alemán y el judío italiano converso, quienes finalmente, sin ser vistos, juran consagrar todas sus fuerzas a combatir aquel diabólico complot judío.

El segundo relato está tomado de El judío errante, de Eugène Sue, una novela publicada por entregas la víspera de 1848 que se inscribe en la corriente anticlerical. La potencia oculta que en ella se denuncia es la de la Compañía de Jesús, con capacidad para influir en las decisiones de los gobiernos, disponer de los bienes de millones de personas e incidir en el curso de la historia.

Es una mañana plomiza de octubre de 1831. Al fondo de una solitaria calle de París se entrevé apenas una modesta morada. En la fachada desvaída están cincelados un portón de medio punto y dos ventanas protegidas por gruesos barrotes de hierro. El interior está sumido en el silencio. Una boiserie gris recorre las paredes de la gran sala de la planta baja; el suelo, de baldosas rojas, está cuidadosamente encerado. Cortinas de calicó blanco revisten las ventanas. En un extremo de la estancia, frente a la chimenea, destaca una esfera de unos cuatro pies de diámetro, colocada sobre un pedestal de roble macizo. Sobre este gran globo se halla diseminada una multitud de pequeñas cruces rojas, de norte a sur, de levante a poniente, de los países más bárbaros y las islas más remotas a las naciones más civilizadas, hasta llegar a Francia: no hay territorio cuyos lugares no estén marcados por estas pequeñas cruces, usadas, evidentemente, como señales para indicar control. Ante una mesa negra desbordante de papeles se atarea el señor Rodin, un hombre de edad ya avanzada, vestido con una gastada levita verdigrís; su rostro enjuto, su barbilla afilada, su tez exangüe hacen pensar en una máscara lívida, cuyo aspecto parece aún más extraño por la inmovilidad sepulcral que hace que parezca un cadáver. Gracias a una clave compila mensajes cifrados. Todo, en esa sala plúmbea, tiene un carácter siniestro. El batiente de la puerta suena sordamente. El recién llegado es un hombre de treinta y cinco años, de mirada altiva y ademán autoritario; sus gestos dejan traslucir energía y audacia. Pero por detrás de la seducción que despliega a duras penas se cela el lazo de la insidia. Su secretario, Rodin, está profundamente sometido a él. Lacónico e impasible, le muestra un voluminoso fajo de mensajes, llegados de las cuatro esquinas de la tierra. Y mientras él escribe, su señor se mueve de un extremo al otro hasta que, contemplando con un relámpago de orgullo la inmensa red de cruces rojas que cubre el mapamundi, posa imperiosamente su mano vigorosa, traicionando la certeza de su dominio.

El protagonista del tercer relato es Cagliostro, en cuya vida llena de aventuras se inspirara la novela José Balsamo, publicada por

entregas entre 1846 y 1849. Alejandro Dumas retoma, en clave novelesca, la tesis que da comienzo con Augustin Barruel, muy difundida por aquel entonces, según la cual el huracán revolucionario habría tenido su origen en un complot.

El atardecer adensa su sombra sobre los macizos que flanquean la orilla izquierda del Rin. Un sendero sinuoso remonta la oscura pendiente y, como si atravesara un muro impenetrable, se pierde tras los tupidos abetos. El paisaje lúgubre da escalofríos. Es el 6 de mayo de 1770. Mientras el sol se pone, un viajero se adentra en lo más cerrado del bosque. Tras dejar el caballo, se encamina al tenebroso interior sin más orientación que el resplandor misterioso de un farol. Cuando llega a un castillo en ruinas descubre que la luz proviene de una figura espectral, un fantasma que, en el umbral de una sala circular tapizada de negro, lo invita a entrar. Las cubiertas de los sepulcros se abren y una multitud de hombres enmascarados toma asiento en los escalones de la sala. El viajero –un extranjero, un italiano, quizá un siciliano– no parece atemorizado y se somete, es más, de buen grado a sus feroces pruebas. Nada teme, porque ellos no saben quién es, mientras que él conoce ya todos sus misterios. De pronto, revela: «ego sum qui sum». Él es aquel a quien esperaban, el que está destinado a desencadenar el incendio sanador que iluminará el mundo. La antorcha habrá que pasársela a Francia, la vanguardia de las naciones. Un rey medroso, un trono corrupto: caída esta piedra angular, caerá el edificio entero de la monarquía y los soberanos europeos se precipitarán en el abismo. Se acelerará así el fin del viejo orden y el advenimiento del Reino de la Libertad y la Igualdad. A su alrededor, los hombres de las criptas subterráneas, representantes de todo el mundo occidental, aplauden ese plan sistemático de subversión. Filósofos, economistas, ideólogos gritarán a voz en cuello los pensamientos que se acostumbra murmurar entre sombras, y los difundirán por doquier a plena luz del día. Nunca más disparidad, nunca más castas. Los hilos de la intriga se estrechan, cada uno de los asistentes adopta el papel que le ha sido asignado para que la concatenación de acontecimientos predispuesta haga que estalle la Revolución Francesa.

Como también en la historia de Cagliostro se nos muestra, el complot viene de afuera. Lo extraño se insinúa en lo íntimo. Los adeptos al complot –agentes de fuerzas ocultas, exponentes de potencias rivales– son forasteros que yerran en la noche, nómadas que rondan en torno a las moradas serenas, vagabundos sin nombre que penetran en los lugares prósperos provocando miseria y ruina, extranjeros que introducen germen y epidemia, judíos que llevan siglos contaminando, infestando, destruyendo. El espectro del complot acecha a la ciudad, agita su sueño, de manera parecida al espectro de la revuelta.

Es el temor a acabar en manos desconocidas, en la manipulación de un oscuro artífice cuyos designios se ignoran. Justo en el corazón de la ciudad, en un tugurio tenebroso, en un laberinto subterráneo, en un pozo sin fondo, anida el Reino del Complot, red de maldad que amenaza con someter el mundo entero y convertirse en dominio planetario.

LOS PORTAVOCES DEL ENGAÑO

En la vastísima literatura sobre el complot, el nombre de Leo Löwenthal suele quedar silenciado. Justo al contrario de lo que sucede con Richard Hofstadter, celebrado y recordado en casi todas partes por haber introducido el tema de la paranoia en política. Diversidad de suertes que obedece a motivaciones profundas.

El término «paranoia», cuyo uso se ha generalizado en el lenguaje corriente, ha acabado por estigmatizar a quienes sufren de delirios complotistas. Pero ¿quién puede hacer de juez? ¿Quién puede distinguir en ámbito político entre irracional y racional, entre patología y norma? Hofstadter habla de «estilo paranoico» para señalar un cierto «fanatismo» presente en los «extremos», sea en la extrema derecha o en la extrema izquierda.[26] En esta manera de considerar los polos opuestos del espacio político se dejan sentir profundamente los años cincuenta, cuando Hofstadter empezó a escribir su ensayo The Paranoid Style in American Politics, que no aparecería hasta 1965. Es la época del maccartismo, en que se impone la necesidad de demostrar que las dos ideologías en apariencia antitéticas, nazismo y comunismo, derivarían de una misma «psicología política» y seguirían los mismos esquemas, con resultados análogos. Al igual que la etiqueta «totalitarismo», también la de «estilo paranoico» establece la barrera más allá de la cual no es lícito aventurarse, levanta el cartel de prohibición que desacredita por anticipado cualquier alternativa. Hofstadter y otros intelectuales estadounidenses, un poco liberal y un poco liberales, contribuyen al arsenal conceptual que servirá para renovar y reforzar el liberalismo –progresista, plural, tolerante– y proteger así a la nación «sana» de las tendencias irracionales de los extremismos, asociados a la fuerza con un solo gesto.

Bien distinto es el planteamiento de Löwenthal, de cuyas páginas, por otra parte, Hofstadter sacó más de una idea. Escrito en inglés con la ayuda de Norbert Guterman y publicado más tarde en alemán, el libro Prophets of Deceit. A Study of the Techniques of

the American Agitator apareció en la temprana fecha de 1949, encabezando la famosa serie de los «Estudios sobre el Prejuicio», editada por los exponentes de la Escuela de Fráncfort,[27] donde verían la luz las investigaciones que, bajo la dirección de Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, habrían de confluir en el volumen La personalidad autoritaria, de 1950.[28] Los judíos alemanes que habían escapado al Tercer Reich percibían señales inquietantes, ignoradas por otros, y en su exilio estadounidense revivían un inquietante déja-vu, un resentimiento que parecía estallar a cada instante.

Löwenthal concentra su atención en la figura del agitador, quien, valiéndose de sus técnicas, es capaz de manipular al público, de embaucarlo e inducirlo a creer que es víctima de fuerzas siniestras y ocultas. Extranjeros, inmigrantes, comunistas, traidores y, por descontado, judíos: he aquí a los enemigos de América, los cuales, como parásitos, anidan ocultamente en su interior y se entremeten para traer enfermedad y destrucción. Son ellos quienes manejan los hilos de un complot bien urdido.

La lista de las quejas es extensa y va del descontento genérico a las dificultades económicas, de las expectativas fallidas a las derrotas existenciales. No hay sentimiento de orgullo herido, humillación o rabia contenida que el agitador, aparentando ser quien invoca el cambio, no potencie y exacerbe volviéndolos hacia el exterior. Después de tantos sacrificios y de la promesa de una recompensa de algún tipo, la insatisfacción es enorme. Demasiados sueños no cumplidos. Uno puede achacar la responsabilidad de su fracaso a sus propios errores, a las esperanzas infundadas, a una manifiesta incapacidad. Hay quien busca consuelo en la religión y hay, en cambio, quien se abandona al cinismo. Pero si nada de esto sucede, entonces la furia de la desilusión es imparable. El agitador rompe el tabú que impone el optimismo –everything is ok!– y admite que las cosas no van bien. Sin medias tintas, llama «perdedores» a sus secuaces; perdedores, lo mismo que él, uno más entre ellos: en quien pueden depositar su confianza. Porque es sincero. Y dice, en definitiva, lo que los demás no dicen, o sea, que todo es un engaño. Los han engatusado o, mejor, se han dejado engatusar. Su error ha sido ser honrados y crédulos. Es hora de despertar. Esa inferioridad intelectual, todas esas limitaciones que tanto los habían cohibido

pueden confesarse abiertamente; más aún, puede hacerse bandera de ellas. Envuelta en un aura inédita, la humillación se eleva a distintivo de una nueva élite.

La condición de embaucado es permanente y no tiene remedio. No hay nada que quien la padece pueda hacer para cambiarla, más que denunciar el complot orquestado por un enemigo inmoral y sin escrúpulos. Es un enemigo que no se ve, ciertamente, pero solo porque se oculta, y de manera oculta persigue oscuros fines. Con todo, sus efectos se advierten. Y con eso basta.

Coherente con las ideas de la Escuela de Fráncfort, en particular con una crítica social que recurre a categorías psicoanalíticas o psiquiátricas, Löwenthal no duda en hablar de «paranoia». Es más, es el primero en hacerlo. Pero al mismo tiempo se aleja del riesgo, al que Hofstadter va derecho, de estigmatizar opiniones y comportamientos políticos considerados desviados. Al contrario, las sospechas no son injustificadas. Si existe una tendencia a sentirse blanco de un poder amenazador es porque, mientras la esfera de la acción individual se estrecha, el mundo aparece cada vez más en manos de fuerzas anónimas. Tratar de captar su progreso no significa ser paranoico. La frontera es lábil.

La sospecha vaga puede ser un buen punto de partida para un análisis de la situación económica y política. Pero el agitador se mueve en dirección opuesta: hace de la sospecha una certeza y de la sensación, un análisis acabado. Y el complot se convierte en una distracción que estorba el indagar la realidad. El mundo no es complejo, sino que se ve complicado por una maquinación deliberada, por un sabotaje concertado. La red adquiere dimensiones gigantescas, fabulosas, cósmicas. Se extiende en el espacio, se dilata en el tiempo y se vuelve inmemorial. Desde siempre, las fuerzas ocultas actúan para destruir, solo que tienen la habilidad de adoptar nuevos disfraces. Es así como el agitador, provocando la ebriedad que nace de libar en el manantial mítico, no hace sino dejar al descubierto, cada vez, tan solo el misterio.

El portavoz del engaño es, al mismo tiempo, un falso profeta y el grotesco y peligroso vidente que denuncia por doquier el embaucamiento, pero también el megáfono que da voz al complot, que amplifica un temor tácito, un ansia apocalíptica.

RESENTIMIENTO SOBERANO

Todos los fracasos propios –los desaciertos, los reveses, las pérdidas– no son más que efectos perversos causados por otros, los privilegiados, los dominantes, los usurpadores. Son ellos, los que conspiran por la espalda, los que hacen pasar sus propios intereses por verdades absolutas, quienes sacan provecho de tamaño atropello. Así cavila el resentido. De este modo encuentra una coartada con la que sublimar sus propias limitaciones, elucubra un pretexto para elevar la bajeza a superioridad, para cambiar la mediocridad en excelencia, transformar los defectos en prendas, las culpas en méritos. Semejante inversión ya fue desenmascarada por Nietzsche en la Genealogía de la moral.[29]

En el escenario actual, el resentimiento ha adquirido una función política y una dimensión existencial sin precedentes. Desmoronamiento de las utopías, disolución de los grandes relatos, dificultades para leer el curso del mundo, crisis global de la visión progresista y de los proyectos de emancipación, carencia de un lenguaje político capaz de devolver una esperanza común al sufrimiento individual: todo ello contribuye a un resentimiento convertido en forma de vida ordinaria, o casi. Cada cual queda abandonado a su propia desilusión, a su propio e irremediable desamparo. En la trama desgarrada de los hilos que antes mantenían unida la perspectiva de una redención, se van insinuando las pequeñas historias íntimas, los relatos narcisistas, las cavilaciones rabiosas, las crónicas gregarias. En medio de la desazón compartida, del malestar generalizado, el resentimiento nace menos de constatar las iniquidades y las ofensas que de la incapacidad de superarlas con la vista puesta en un ideal de justicia común. Cada cual toca con la mano su propia impotencia. Entonces se vuelve indispensable encontrar un anestésico con el que hacer frente a la aflicción y la angustia. Puede decirse que el resentimiento prevalece allí donde falta el principio esperanza.

Liquidar de antemano cualquier alternativa, tachada de deriva

totalitaria o percibida como ilusión quimérica, es, precisamente, lo que abre la puerta a la compensación fantasmática del resentido, el cual, con un toque de varita mágica, imagina que domina a los dominadores. Visto así, el resentimiento es una revuelta sumisa. Se reduce, de hecho, a un intento, a su vez alienado, de superar la alienación, a un atajo para invertir las relaciones de fuerza. La chispa de la revuelta se enciende y se apaga en cuestión de instantes. La conciencia fugaz de la discrepancia deja paso a la contabilidad de los beneficios inmediatos. Así, el resentido acaba por aceptar el mundo que querría exorcizar y, a despecho de todo el rencor de su orgullo, se somete al sistema odiado, se humilla, en acto de homenaje mal disimulado, a los valores hegemónicos que de manera frenética pretendía subvertir. Su metamorfosis última es el paso de la animosidad intransigente a la resignación amarga o, según la suerte le sea más o menos benévola, a la aquiescencia olvidadiza y despreocupada. Por eso el partido de los resentidos está destinado a erosionarse y escindirse continuamente a causa de las defecciones repetidas, de los cálculos interesados.

Paradójicamente, la despolitización creciente ha vuelto más político el resentimiento, que, bien mirado, es desde hace décadas el componente potencial de ideologías diversas. Para discernir qué uso se hace de él, basta con considerar sus modalidades y efectos. En lugar de buscar trabajosamente cómo salir de la situación frustrante y penosa a la que se ve constreñido, el resentido prefiere una evasiva. Consiste en una inversión sofística de su propia imagen, de la imagen de los demás y de la relación con el mundo. Así, con un golpe prodigioso, consigue verse a sí mismo de otro modo, es decir, distinto de como es y de como lo ven los demás. Al mismo tiempo, el rencor de su purismo da vía libre a la pasión identitaria, a la fobia al otro y a la negativa a devenir, a cambiar. La mayor reivindicación político-existencial del resentimiento es el derecho a persistir en su propia esencia. Lo cual significa no tener que abrirse al exterior y no añadir nada, ni un solo suplicio más, al tormento de esa situación humillante, y mucho menos el suplicio de tener que adaptarse. Mejor, más bien, desmentir y recusar las transformaciones que se van produciendo en el mundo; mejor, incluso, negar el mundo.

La recriminación exasperada, única forma de contacto con el

exterior, conduce a un repliegue etno-egoico. Separatismo, exigencia de secesión, aislacionismo, deseo de retirarse, de romper lazos, de levantar muros, necesidad de reencontrarse con uno mismo, en uno mismo, en el interior, dejando fuera a los adversarios, mejor dicho, a los enemigos, para librarse de la fría contabilidad de la competencia y no ser equiparable más que a los valores interiores, en una economía del resentimiento soberano: así se forma el Pueblo del rencor. En este sustrato son reconocibles el nacionalismo más cicatero, el enroque en las patrias chicas, el supremacismo blanco, la xenofobia, la regresión soberanista, el particularismo.[30] No cabe duda de que el resentimiento, entre nostalgia y reacción, se inscribe en la ideología de derechas, allí donde, frente a la desterritorialización, el capital internacional, el exilio planetario, se intentan restaurar los fetiches de la nación y la familia y se recuperan los territorios simbólicos de la estabilidad y la identidad.

Pero el resentimiento rebasa los confines. Y se revela como el componente de ideologías políticas diversas. Por eso no se da una ideología pura del resentimiento, sino que, al contrario, este se articula en una variedad de formas políticas. Todas las ideologías echan mano, vez por vez, en cantidades y modos diversos, de esa fuente inagotable. Existe, pues, un resentimiento de izquierdas, que no hay que confundir con esa justa cólera contra el mundo que, encauzada, orientada y elevada, se propone cambiarlo, y no, desde luego, negarlo. El resentimiento, en cambio, echa raíces en la desilusión cuando las estrategias faltas de realismo terminan en callejones sin salida, mientras el mundo de siempre se mantiene como obstáculo insuperable; y también cuando, en nombre de los pactos de gobierno y de la conveniencia administrativa, se borran con obstinación las derrotas dolorosas o, peor aún, las batallas nunca libradas.

¿Ni de derechas ni de izquierdas? No exactamente. Aunque estas coordenadas siguen siendo válidas en cuanto a la orientación política, el resentimiento se revela la fuente por excelencia del populismo, donde encuentra su desembocadura más natural. Esta es la razón de que, a lo largo de su curso, gracias a corrientes secundarias y flujos subterráneos, alimente toda esa multitud de ideologías híbridas que cubren el paisaje contemporáneo: de los

progresistas moderados a los adeptos a las revoluciones conservadoras, de los libertarios de derechas a los soberanistas de izquierdas. Si demagogos y agitadores, verdaderos protagonistas del neopopulismo, apuntan a un «retorno al pueblo» no es, desde luego, para fomentar el fermento de la revuelta, sino para cultivar la recriminación y promover la protesta de los resentidos, quienes, redescubriendo el buen sentido popular, la ruda astucia de las masas, las queridas viejas costumbres del vulgo, pueden descargar por fin su resentimiento contra la élite, los «poderes fácticos», los tecnócratas, los expertos, los intelectuales radical chic. Por eso el resentimiento, que permite deleitarse en la impotencia, elevar las ambiciones frustradas a fantasmas consolatorios, anestesiar el luto del desencantamiento y llenar el vacío de la angustia, aparece como el nuevo opio de los pueblos.

Quizá, más que de pueblos debería hablarse de tribus. Basta, al respecto, con echar un vistazo a la esfera pública, dividida en banderías opuestas, fragmentada en campos identitarios y asentamientos victimizadores, agitada por litigios de vecindad y contenciosos de familia, atravesada por una hostilidad sin fin y un pathos vehemente que alimentan deseos inconciliables y no admiten más que relaciones de intimidación recíproca. Es aquí donde el resentimiento ofrece una coartada ética al neotribalismo que se manifiesta y encuentra expresión en reinvenciones rencorosas y reivindicaciones particularistas.

Todas las tribus evitan la confrontación con las demás para así acceder al exclusivo estatuto victimizador. El resentimiento, como sostuvo Max Scheler, no es solo un espíritu de venganza, diferido y perpetuado en el tiempo.[31] Es también la manifestación de una incapacidad, de una profunda impotencia. Con la salvedad de que justo esta condición de subordinación, de inferioridad, da derecho al estatuto de víctima y a la negación de toda responsabilidad. Puro e inocente, perseguido por un mundo cruel y corrupto, el resentido se considera víctima no tanto de un sistema entregado a la abyección y a la impostura, para cuya salvación carecería de remedios, como de una facción de poder que debe ser castigada. Esos son los verdaderos responsables.

El resentido –que además de tener buena memoria se ve

atormentado por la sospecha constante, por la percepción de vivir en un mundo ilusorio y por la fijación en una interpretación malévola– tiende a creer en las versiones complotistas; es más, tiende a confeccionarlas. Complot y resentimiento están estrechamente conectados por la misma lógica mítica y la misma inversión de los valores. Tanto en el uno como en el otro desempeña una función decisiva la hermenéutica del mundus inversus. La reprobación de este mundo llega hasta la invocación de Otro Mundo, donde la justicia sí se cumple. Solo que en la visión religiosa se trata del mundo del Más Allá –«Mi reino no es de este mundo» (Juan, 18, 36)–, mientras que en la visión complotista moderna se trata del trasmundo del dominio, puesto al descubierto por la mirada penetrante del resentido.

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Justo al mismo tiempo que se iba consolidando, en los años que siguieron a la Guerra Fría, la globalización parecía estar desdibujándose, y yéndose ya de las manos. La unificación del mundo a través del capital y de la técnica producía de manera paradójica un desorden inédito e imponderable.[32]

No sorprende que, en semejante escenario y con esa aspiración suya a un todo bien ordenado, el complotismo se haya hecho tan presente e irrefrenable. ¿Qué se oculta detrás del caos aparente? El enfrentamiento de todos contra todos, la nueva guerra civil global, ¿acaso no es una forma de gobernar por medio del caos? ¿Quién teje la trama? ¿Quién tiene el control? Si ya en la «complosfera» ha resonado, perturbadora y terrible, la palabra «Sinarquía» para referirse al gobierno global oculto, que manipula a las naciones y subyuga a los pueblos, mucha mayor fortuna aún le ha cabido a la fórmula New World Order, introducida en 1972 por el ideólogo estadounidense Robert Welch y a la que después se ha recurrido tanto que, bajo el acrónimo NWO, se ha erigido en símbolo del nuevo complotismo. El helicóptero negro, fuerza de ataque del Nuevo Orden Mundial, que sobrevuela en las alturas, invisible e imperceptible, es el rostro del supercomplot planetario.

Este imaginario favorece y refuerza la pesadilla de un mundo uniformado, sin fronteras ni límites, modelado conforme a idénticos valores e idénticas normas, un mundo sometido a la tutela exclusiva de un poder ajeno y totalitario. Semejante pesadilla fue prefigurada ya por Ernst Jünger en el ensayo de 1960 El Estado mundial. El Telón de Acero, la aparente división del globo entre las dos grandes potencias de la época, no le impide reparar en la creciente uniformidad que, por encima de las naciones, se extiende por doquier al ritmo de la técnica y sus rasgos cósmicos-planetarios. La cima que se destaca sobre el fondo es el Estado Mundial, que no es un imperativo de la razón alcanzado de común acuerdo, sino el sobrevenir de una forma inédita en que la vorágine del mundo

parece adquirir estabilidad y orden. Jünger habla de Gestell para referirse a ese dispositivo que escapa a todo control, que supera el concepto tradicional de Estado y se abre a un inquietante paisaje anárquico.[33]

Si con su movilidad, su celeridad y su alteración el mundo globalizado suscita inquietud, la respuesta no es la cerrazón reaccionaria a la que alude Jünger, es decir, la restauración del orden estatal centralista, la reapropiación de la soberanía, el reforzamiento de las comunidades nacionales y de las culturas identitarias. Y mucho menos aún puede dicha cerrazón ser la del complotismo. La acertada pregunta apuntada por Jacques Attali, «¿quién gobierna el mundo?», exige un análisis en profundidad que, partiendo de los «perdedores» de la globalización, se remonte hasta la gobernanza que administra la economía planetaria.[34] Cuando la complejidad se anquilosa en la complicación, entonces la máquina del complot, esa red que se ha ido dilatando en el espacio y en el tiempo, es la respuesta más a mano.

Sacar a la luz el poder oculto de la «casta» significa hacer que se transparente su carácter ajeno. Las élites están en el punto de mira en cuanto punta de la infiltración encubierta de los extranjeros. Por esta razón el complot por excelencia es el «complot judío», una acusación que ha tomado diversas formas y ha alimentado el odio antisemita a lo largo de los siglos. Las categorías políticas no son sino la traducción de un trasfondo religioso donde el Judío es el enemigo apocalíptico, poseedor de un secreto cósmico que es la llave del dominio del mundo.

El complot judío contra la sociedad cristiana no es otro que el que se construye, sobre todo durante la Edad Media, sobre la culpa de envenenar los pozos, imputado con mucha más vehemencia durante la epidemia de peste negra de 1348. Pero envenenar significa corromper, contaminar, infestar. Es decir, destruir para dominar. En esa habladuría local ya está contenida la denuncia del complot que se convierte en nacional en época moderna. Baste citar el tristemente famoso affaire en que, entre 1894 y 1906, se vio implicado Alfred Dreyfus, el joven capitán francés injustamente acusado de alta traición. El paso siguiente, favorecido a comienzos del siglo XX por la difusión de Los protocolos de los Sabios de Sion, es el

complot internacional que adopta diversas formas: el complot «judeo-plutocrático», personificado por Rothschild; el complot «sionista», de Theodor Herzl; y, sobre todo, el «judeobolchevismo», el peligro rojo que representaba la inteligencia judía de izquierdas, entre León Trotski y Rosa Luxemburgo, capaz de tener al mundo en un puño ya con la Revolución de Octubre.[35]

Extranjeros no asimilables en las naciones, dispuestos para mantener lazos de reciprocidad allende las fronteras, exponentes de la antigua diáspora y del nuevo desarraigo, los judíos supuestamente tejen en torno al globo una red, la trama planetaria del «complot judío mundial». Pasa a ser esta la amenaza suprema, el superplot, el megacomplot que subsume en sí todos los complots pasados y alberga los venideros. La globalización favorece el mito del complot judío, que al tiempo que se deslocaliza, y a medida que la imagen del mundo se extiende, se potencia retirándose entretanto al transmundo, donde se tejen los hilos de la trama, lugar oculto donde el pueblo judío –esa supersociedad secreta especializada en las actividades criminales de infiltración y manipulación– dirige las suertes del mundo.

La acusación de constituir un «Estado dentro del Estado» es especular respecto a la de urdir una trama planetaria. Ya el filósofo alemán Johann Gottlieb Fichte, no en vano un acérrimo nacionalista, arrojó la sombra de esta sospecha.[36] Pero, además, a la luz del escenario actual, no debe ignorarse este punto: el complot menoscaba la soberanía estatal interna en la misma medida en que refuerza el gobierno mundial oculto. En uno y otro caso se trata del extraño que se infiltra en lo íntimo para dominarlo.

Se entiende mejor, pues, que hablando hoy de «Estado profundo» se hable a la vez de «Nuevo Orden Mundial». Son las dos caras del mismo complot. Se trata de aquellas fuerzas subterráneas –no importa bajo qué siglas: ONU, FMI, OTAN, BCE, OMS, UE– que constituyen los monstruosos vectores del mundialismo. Mejor leerlo todo bajo la supersigla NOM: Nuevo Orden Mundial.

Elevado a los altares mediáticos gracias a Trump –quien, mientras el impeachment tomaba cuerpo, se jactaba de desenmascarar el gran complot del «gobierno en la sombra» cuyo objetivo era destituirlo–, Deep State no es un término nuevo. Traduce la

expresión turca derin devlet, que en el período entre 1960 y 1980 hacía referencia a aquella parte de los servicios secretos llamada a hacer frente a una hipotética invasión soviética.[37] Inicialmente libre de resonancias complotistas, el «Estado profundo» entra a formar parte de la terminología política para referirse a la continuidad de grupos de poder que, no obstante la alternancia democrática, terminan por ejercer una influencia notable. El Estado profundo se convierte, pues, en aquello que socava la soberanía popular. Es el poder de los despachos, es decir, de los burócratas y los administradores, que, como ya advirtiera Weber, con la proliferación de normas, la excrecencia de reglas, maniobran en los meandros de la máquina estatal.[38] Su competencia, aun siendo imprescindible para funcionar, se amalgama con la especialización de los expertos. El saber, cada vez más complejo, requiere competencias, preparación y capacidades sectoriales. Aquel que «sabe más» puede ser aceptado como el elegido, capacitado para «defender los intereses más elevados de la nación». Lo ha demostrado con toda claridad la epidemia del covid-19. Valga por todos el ejemplo del italiano Mario Draghi, el superexperto, el superbanquero, el superadministrador. Pero todo esto entra en dramático conflicto con la democracia. ¿Qué sentido tiene el «gobierno del pueblo» si quienes gobiernan son siempre los mismos grupos de poder?

La pregunta no solo es oportuna, sino también necesaria. El «gobierno de los expertos» destaca soberanamente en la esfera oscura de la excepción. El fideísmo que lleva a abandonarse a su pericia esconde peligros imponderables. La política que se limita a ejecutar sus indicaciones se borra a sí misma y se reduce a administración, sin más ideal que la neutralidad; más aún, sin ningún ideal. En el mundo lo que importa no es que haya justicia, igualdad, solidaridad: importa que esté bien administrado. El funcionamiento de la máquina deviene valor en sí mismo, mientras que el buen político no sería sino el experto entre los expertos, el hipertécnico de la programación que, en el mejor de los casos, sabría escoger los medios de gobierno, pero sin saber ya por qué ni con qué finalidad escogerlos; peor aún, sin saber siquiera elegir la finalidad.

¿Qué función tienen, pues, las finanzas internacionales, las

multinacionales, las industrias farmacéuticas, los lobbies militares, la tecnocracia, el management? Una vez más, el atajo complotista empuja a pasar de la máquina a la maquinación. El «Estado profundo» se convierte entonces en el lugar oculto donde el extraño anida en lo íntimo, donde los enemigos de la nación, los Decision Makers, operan sin cortapisas. Sus propósitos serían múltiples: confinar a los ciudadanos privándolos de todas sus libertades, localizarlos mediante microchips, extraerles información biométrica, acceder a su geolocalización, espiarlos mediante sistemas de vigilancia, controlarlos mediante la telefonía móvil, telecámaras y drones. La inmersión gregaria en el mundo uniformizador permitiría la construcción del consenso global. La ingeniería social culminaría en la injerencia genética: trasplantes, clonaciones, hibridaciones, tránsitos transhumanos, transferencia de la conciencia al ciberespacio, sustitución de los humanos por las máquinas. La amenaza a la integridad del ser vivo, la alteración sistemática de la vida, sería el resultado del nuevo biopoder que elimina todo límite e inaugura el reino de la muerte también en la geopolítica.

De este modo, los arquitectos de la globalización, los artífices de la integración mundialista, eliminando fronteras, borrando las diferencias, impedirían toda comparación y toda contradicción, la posibilidad de «otras formas de pensar», la posibilidad del contrapoder crítico. La planificación de crisis, guerras y epidemias; el terrorismo sanitario; la incerteza programada y el recurso a una amenaza permanente darían solidez y estabilidad al Nuevo Orden Mundial.

LA «GRAN SUSTITUCIÓN» Y LOS PATRIOTAS DE QANON

Antes de llevar a cabo las dos masacres terroristas de Christchurch, en Nueva Zelanda, en las que el 15 de marzo de 2019 perdieron la vida más de cincuenta personas, el supremacista blanco Brenton Tarrant publicó en línea un manifiesto titulado The Great Replacement. Emergía en aquellas líneas la obsesión, generalizada entre la extrema derecha, por la presunta extinción de los pueblos europeos, reemplazados por los flujos de inmigrantes. Muchos titulares de la prensa internacional, entre ellos el de Le Monde, coincidieron en emplazar directamente al escritor y ensayista francés Renaud Camus, padre del mito de la «gran sustitución». No fue aquella, con todo, la única ocasión en que sus palabras fueron portadoras de muerte. Al cabo de pocos meses, el ataque a la sinagoga de Poway, en California, y la masacre en El Paso, donde el atacante evocaba una «invasión mexicana de Texas», parecían demostrar que la idea de una «desaparición de la raza blanca» había acabado por calar, hasta el punto de catalizar una violencia difusa.******

Lejos de ser patrimonio de sectores extremistas, el mito de la «gran sustitución» ha sido relanzado de formas diversas, y a menudo retomado al pie de la letra, por soberanistas y neopopulistas, de Salvini a Orbán; incluso por exponentes de una mistificadora izquierda nacionalista. A pesar de las condenas que le llegan desde no pocas partes, el imaginario de la «sustitución» parece muy sólido no solo en la opinión pública, sino también entre ciertas voces de la cultura. Piénsese en la novela Sumisión, de Michel Houellebecq.

Formulada ya en Abécédaire de l'innocence, de 2010, y sobre todo en el libro Le Grand Remplacement, publicado en 2011 y varias veces reeditado, la tesis de Camus se resume fácilmente: un pueblo estable, que ocupa el mismo territorio desde hace más de veinte siglos, se ve sustituido en una veintena de años por un pueblo llegado de afuera. Los «autóctonos», es decir, los nacidos del suelo donde han vivido siempre y cuya pertenencia pueden reivindicar,

son reemplazados por los inmigrantes. No se trataría de una invasión bélica, como en el pasado, sino de un proceso insidioso que se iría cumpliendo mediante «alteración», «disolución» y «destrucción». La identidad del pueblo originario –en particular, el francés y, más en general, los europeos– se vería así irremediablemente socavada, hasta quedar borrada, a causa, además, de una «inundación demográfica». Todo sería des-originarizado, des-localizado, des-nacionalizado por una «enorme máquina sustitucionista» por obra de la cual los individuos, en lugar de ser vistos en lo que tienen de insustituibles, quedarían equiparados por la ideología de la igualdad. La «nocencia», la nocividad, la pulsión a causar daño, triunfaría sobre la «inocencia».

¿Los culpables? Las élites «mundialistas» que, con un silencio aquiescente apuntalado por las «mentiras» mediáticas, consienten, es más, promueven el «sustitucionismo global». Este sería el totalitarismo del siglo XXI.

Por más que Camus haya insistido en que la «gran sustitución» no es un concepto, sino un fenómeno, su «tesis» no es más que una visión complotista en la que, con tono catastrofista y ansiógeno, se imputa a los representantes de la superclase mundial, en otras palabras, a un oscuro «poder sustitucionista», la intención de operar para descomponer la civilización europea gracias a una deliberada política «inmigracionista». Es imposible no advertir aquí –como ha señalado la historiadora Valérie Igounet– los ecos del «plan Kalergi», así llamado por el paneuropeísta Richard Coudenhove-Kalergi, a quien el negacionista y neonazi Gerd Honsik atribuyó en 2005 el presagio de un fantasmagórico plan encaminado a sustituir a los pueblos blancos.[39]

Viejos espectros europeos resurgen desde el pasado reciente. Bien mirado, el complotismo de Camus es la versión última, edulcorada y puesta al día, del «complot judío mundial». Si el autor, varias veces denunciado por revisionismo e incitación al odio racial, ha tratado de disimular esa palmaria filiación antisemita, ha sido solo para esquivar con más facilidad la censura pública.

Reconstruir sus antecedentes conduce hasta la novela apocalíptica de Jean Raspail El desembarco, publicada en 1973, donde se describe «el final del mundo blanco», inundado por millones y

millones de inmigrantes, contra los cuales los europeos se descubren desarmados. La vía de la fuga hacia Suiza, donde Raspail se había refugiado, sería entonces la única posibilidad de custodiar lo que queda de la vida occidental. Ocurre que, precisamente en una época en que la ficción se convierte en realidad, la novela de Raspail ha sido recomendada con entusiasmo por Steve Bannon y Marine Le Pen como un análisis político pertinente.

Pero, yendo más allá, el mito de la sustitución es posible encontrarlo ya en las páginas del periodista católico Éduard Drumont, el llamado «papa del antisemitismo», quien, en un superventas de 1886, La Francia judía, pronosticó un dominio judío capaz de destruir el país. Con todo, un nombre decisivo es el del escritor Maurice Barrès, exponente del revanchismo francés y propagandista antisemita mientras duró el «affaire Dreyfus», y a quien se debe la idea misma del remplacement. Renaud Camus, por lo tanto, no ha inventado nada, sino que ha depurado de su antisemitismo palmario la monstruosa obsesión de la sustitución, inscrita desde hace tiempo en el imaginario complotista.

Para demostrar que el grand remplacement no es más que la adaptación digerible (para quien tiene poca memoria) del «complot judío mundial», basta con recuperar las páginas del Mein Kampf. A diferencia de los nómadas, quienes, aunque sea de forma indeterminada, no dejan de poseer un suelo, los judíos, sostiene Hitler, arrastran una existencia «parasitaria» en perjuicio de otros pueblos, autóctonos, que tan pronto como consiguen desenmascararlos, los expulsan y proscriben. Como ya había dicho Arthur Schopenhauer, el judío sería, en efecto, «un gran maestro en la mentira». Este pueblo finge ser lo que no es, da a entender que es asimilable, convence a sus anfitriones de que el judaísmo es solo una religión. Y, en cambio, se trata de Fremde, de extranjeros que, con una muy clara estrategia política, socavan desde dentro la identidad de las naciones, envenenan su sangre, corroen su cultura.[40] Por un lado, incitan a la lucha contra el capitalismo; por el otro, hacen saltar las fronteras nacionales. Lo hacen solo para llevar a cabo su «estafa mundial», el complot por el poder.

Durante la posguerra, la idea de un plan perseguido por los judíos con el objetivo de menoscabar a los pueblos europeos, de alterarlos,

incluso de anegarlos mediante la introducción de «negros» y «mongoles», está ampliamente difundida entre los ambientes de la extrema derecha. La idea no tarda en propagarse también por Estados Unidos, donde, por los cauces del supremacismo blanco, instila la sospecha de que las autoridades gubernamentales son cómplices, con su silencio, de un complot que, bajo el signo del multiculturalismo, se propondría borrar la «raza blanca».

Surge de aquí esa narrativa una de cuyas cimas es la novela de 1978 Los diarios de Turner, escrito por el neonazi William Luther Pierce bajo el pseudónimo de Andrew Macdonald, un libro que ha fomentado la violencia y ha provocado muertes. Un puñado de supremacistas que se autodefinen «patriotas» asalta en Washington el Capitolio con el fin de derrocar el gobierno estadounidense, sistema colusor y cómplice. Son muchos, decenas y decenas, los que pierden la vida durante el ataque, incluidos los miembros del Congreso y sus colaboradores. Todo parece resolverse en la nada de dichas muertes. Pero para los supremacistas se trata de una victoria simbólica: «Pero el auténtico valor de todos nuestros ataques de hoy radica en el impacto psicológico, no tanto en las víctimas directas. […] Han aprendido que ninguno está fuera de nuestro alcance».[41]

Quien habla es su protagonista, Earl Turner –pero podría ser un adepto de QAnon, de aquellos que el 6 de enero de 2021, ante la mirada desconcertada del mundo, tomaron parte en el asalto al Capitolio fomentado por Donald Trump–.*******

Después, Pierce, un físico metido a político, fundador de la National Alliance, que auguraba sin medias tintas el exterminio de los judíos y de otros «impuros», escribió la novela Hunter, publicada en 1989, de tono mucho más populista, donde se cuentan las hazañas de un veterano de guerra que pone en su punto de mira a parejas mixtas y activistas por los derechos civiles. La «cuestión judía» se va transformando en la del enemigo en casa, la del poder oculto que, a través de la democracia igualitaria, promueve la «tiranía multirracial».

Los acontecimientos del nuevo siglo reactivan, así pues, un imaginario firmemente arraigado, dando pábulo a la idea de que la migración es el resultado de un complot judío que se propone reemplazar la «raza blanca» por medio de una humanidad mestiza,

híbrida y heterogénea. En la versión de Camus se elimina el adjetivo «blanca» (que, en definitiva, queda sobreentendido), en orden a representar la migración como la «gran sustitución», tácitamente secundada y, a fin de cuentas, querida por la «superclase mundial». La connotación complotista sigue siendo palmaria en el Grand Remplacement. Más aún cuando el propio Camus habla de «poder sustitucionista». Ante los cambios epocales, angustia e incertidumbre que cristalizan en enfermedad identitaria. Tras el espectro de una «Eurabia» sometida a la sharía, que arreció durante la primera década de este siglo, reaparece el fantasma aterrador e insoportable de la «sustitución». Al margen de la nueva derecha soberanista, la idea de que todo está dirigido se convierte en opinión generalizada, hasta el punto de tener repercusiones sobre las políticas migratorias, que reafirman el derecho sobre el suelo, niegan la ciudadanía a los hijos de los inmigrantes y dejan morir a los náufragos. En Italia, a las embarcaciones de salvamento de las ONG se las llama «taxis del mar», mientras el coro populista acusa a los partidos «laxistas» de los desastres en el Mediterráneo.

No se trata solo del atajo por el cual un fenómeno complejo como el de la migración actual se convierte en mero efecto de un complot organizado. La figura del migrante, que hace caso omiso de fronteras, lleva consigo una tradición y una lengua diferentes y desnacionaliza la fuerza del trabajo es, a ojos del sedentario autóctono, el Otro absoluto, que condensa todas las inquietudes del mundo global. Pero detrás de este nómada se cela, una vez más, el Judío, el verdadero maquinador. Nadie lo personifica mejor que George Soros, especulador y filántropo, que ve con buenos ojos el final de las soberanías nacionales y la implantación de sociedades multiculturales, se sirve de la prensa para difundir estas ideas, alienta los movimientos de los ciudadanos progresistas y financia ONG e instituciones humanitarias. Tal exponente del «Estado profundo» deviene entonces en el símbolo mismo de los «mundialistas» que ponen en movimiento el Grand Remplacement.

EL GUSTO EXTREMO POR EL APOCALIPSIS. LOS ENEMIGOS CÓSMICOS

Si las visiones apocalípticas han sido siempre intentos de interpretar la propia época, nunca como a comienzos del tercer milenio había cobrado el «final», motivo secular de agitación, contornos reales: en medio de pandemias globales, endeudamiento desmesurado, iniquidades y desigualdades, migraciones imparables, colapso climático, agotamiento de los recursos, inquietud generalizada y un infinito absurdo. Una espera colmada de angustia, cargada de aprensión, gana terreno. El sol negro se recorta contra el cielo contaminado. El carácter inminente del final ha dejado de ser solo cosmológico para hacerse ya histórico. Somos los primeros en tener que pensar que quizá somos los últimos. En los milenarismos del pasado, fantasear con el final entre creencias, expectativas y delirios era posible.[42] Hoy, incontables pantallas que son otros tantos espejos de su tiempo reflejan, entre monstruosos biodesastres e invasiones extraterrestres, la épica de una destrucción jalonada por la extinción de la especie humana y la desaparición del planeta. La certeza histórica del final da el tono de una época que toma forma en un escenario apocalíptico tan falto de resonancias teológicas como de esperanzas políticas. En plena modernidad se dibuja el apocalipsis. La idea de progreso se desvanece, y desaparece la confianza en la posibilidad de incidir en el curso de los acontecimientos evitando lo inevitable. Para los padecimientos y atropellos sufridos en el presente no hay promesa de resarcimiento en una justicia venidera. Cada existencia hace historia por separado, dispersada y apartada en un destino singular, mientras la Historia pierde sentido y el mundo es una maraña indescifrable.

El trasfondo del complot es el apocalipsis, entendido no solo en su significación común de catástrofe, sino también en la originaria de revelación. El mundo está dominado por una potencia malvada de destructividad ilimitada, una fuerza tiránica oculta, despiadada y sin escrúpulos que inflige tormentos y cosecha víctimas. No se espera derribarla, pero se confía en disimularla. Al final, el velo será

rasgado. Bastará con este movimiento para dejar el engaño al descubierto. Una vez desvelada, tal potencia oculta perderá todo su poder. Y habrá un nuevo comienzo.

Lo que está en juego es la indemnidad del mundo. El complot, de hecho, es cósmico. La red se extiende por doquier en el espacio y se remonta atrás en el tiempo. Entre bastidores, los manipuladores manejan con firmeza los hilos, dirigen los sucesos históricos, controlan los asuntos humanos. Con ellos no es posible avenirse a pactar ni aceptar concesiones. O todo o nada. Contra el enemigo mundial, la lucha es titánica, el conflicto es planetario, la pugna es epocal.

Al margen de la disconformidad maniquea entre Bien y Mal, el choque adquiere una profundidad apocalíptica. Este es el punto decisivo. El enemigo no amenaza solo a una nación, sino que, por el contrario, se yergue contra el orden del mundo para alterarlo, dañarlo, destruirlo. Por eso su victoria comportaría el final de la historia, el ocaso de la civilización y la muerte del planeta. De ahí el odio existencial, el enorme resentimiento, la angustia de la salvación o la nada, la pasión semiprofética con que se evoca la catástrofe final.

El choque no tiene lugar en el espacio del conflicto internacional entre estados, donde las normas jurídicas perviven, sino que se produce más allá de las fronteras, en un ámbito metafísico donde no hay tregua ni acuerdos, ni tampoco límite alguno al ejercicio de la violencia. La fractura es abismal; la hostilidad, absoluta. No hay puentes que den lugar a una comunidad interpretativa. El oculto partido del Mal, atrincherado en el trasmundo, es y será el enemigo a eliminar, aunque permanecerá ineliminable.

Esto explica por qué la despolitización actual del conflicto es el preludio del complotismo. La correlación entre ambos fenómenos es estrecha, y resulta extraño que aún no se haya reparado suficientemente en ello. El enemigo no es el de la clase social ni el de la nación rival. Al contrario, puede ser lo extremadamente cercano, como el anónimo inquilino del piso de arriba, o lo extremadamente lejano, como los «burócratas de Bruselas». Sobre todo en las redes, esta lucha primaria, casi un duelo por el reconocimiento y por la existencia misma, se desata contra un

«ellos» de contornos oscuros al que hay que insultar y agredir, un plural indiferenciado que se convierte en blanco de todas las pulsiones destructivas. La coartada es siempre defenderse de las fuerzas maléficas que hacen imposible la vida. En efecto, la violencia de estos ataques no debe subestimarse, pues incluso cuando se dirigen contra un objetivo concreto a duras penas consiguen ocultar un trasfondo apocalíptico. Siempre se cierne la muerte. Desde las «finanzas internacionales», que agostan los recursos, hasta las organizaciones secretas planetarias (quién sabe si interplanetarias), que vigilan y manipulan; desde la «gran sustitución» a los pedófilos y los pervertidos; desde las «estelas químicas», venenos soltados desde aviones, a la vacunación letal con el pretexto de un virus: todo remite al crimen perpetrado a escondidas, a la transgresión extrema, a la destrucción final. La lógica complotista no funciona únicamente convirtiendo, de modo más o menos indebido, lo particular en lo general; sino también y sobre todo leyendo cualquier suceso a la luz del megacomplot cósmico. Por eso no tienen el menor efecto los argumentos dirigidos a evidenciar sofismas y falacias. El complotista tiene el gusto extremo por el apocalipsis. De ahí el enorme éxito de temas ocultos y sagas mágicas. Siempre termina por resurgir la atmósfera del fin del mundo y la propensión por los fenómenos liminares.

El complotista llega hasta el límite de la realidad; en la frontera entre el mundo aparente y el trasmundo defiende el baluarte de la civilización. Referencia de la élite clarividente, vanguardia de los avisados, repara en la maquinación antes de que los demás, entre miopes e ingenuos, puedan reconocerla. Pero el límite está siempre, también, en el tiempo a punto de cumplirse. La angustia es la de los últimos días, cuando los acontecimientos se precipitan. Va en ello todo el orden; es más, va en ello todo el mundo.

La vocación totalitaria del complot queda a la vista en la imagen del enemigo, entidad fantasmática donde convergen los muchos adversarios cuyo carácter plural llevaría a dudar de la causa propia. El Enemigo es Uno, aun cuando se trata de ese «ellos» indiferenciado del sistema o de la casta. Ubicuo y omnipresente, es la máscara del poder sin rostro. Pero en la construcción del enemigo absoluto, que los contiene a todos, pasados y futuros, se da también una deshumanización en la que se ve implicado el universo entero,

del microbio al cosmos. Relegado a la esfera subhumana tanto como a la sobrehumana, el enemigo no está cautivo del dispositivo, no es prisionero del engranaje. Al contrario, es el gran manipulador. Su poder trascendente hace de él un agente libre y dinámico, con capacidad para intervenir en todo momento y en todo lugar. Invisible y oculto, despiadado y desalmado, entre el maligno y el anticristo, sus rasgos son demoníacos y terroríficos.

El enemigo, con su fuerza extranjera, se refugia en la oscuridad, que es también el lugar de las bestias inmundas. Por eso existe, como observó Girardet, un auténtico «bestiario del Complot», que comprende todo cuanto se desliza y se infiltra, cuanto es ondulante y viscoso, cuanto trae consigo suciedad e infección: la serpiente, la rata, la sanguijuela, el pulpo.[43] Pero la imagen predilecta, en este bullir repugnante, es la de la araña: ágil, negra, paciente; que teje sus hilos alrededor de su víctima hasta engullirla y devorarla. Bien mirado, la telaraña no es sino el símbolo del complot, su representación más diáfana.

Incluso cuando parecería tener un nombre, el manipulador aparece bajo apariencia animal; su figura se transforma monstruosamente. Como en el caso de Rothschild, el «banquero» de todos los banqueros, cuya mano rapaz se transforma, en la iconografía tradicional, en un pulpo capaz de inmovilizar, con sus tentáculos, con sus mil ventosas, a la víctima antes de vampirizarla. La máscara subhumana absorbe y borra el rostro.

¿Qué significa desenmascarar? No consiste solo en atribuir un fenómeno a las intenciones ocultas del culpable. También significa quitarle el velo al enemigo, sacarlo de la invisibilidad en la que, a fin de cuentas, está contenido su poder, dar a conocer su truco, dejar expuesto su engaño. La revelación pone al descubierto la agresión del manipulador, cuya identidad y cuyo propósito se dan a conocer. La acción de arrancar el velo, que hace jirones el trasmundo, lo vuelve vano, lo anula, posee un valor místico-esotérico. Bien lo sabía Hitler, el más perverso de los develadores de complots, que no desconocía el potencial movilizador contenido en ese gesto apocalíptico capaz de llamar a la última batalla por la redención. El demistificador, es decir, el portavoz del engaño, es a la vez médico y profeta: por un lado, sana; por el otro, llama a la

salvación.[44]

Pero desenmascarar es, a un tiempo, un manifiesto acto de acusación dirigido a los miembros del complot, a los que tejen las tramas ocultas y son llamados a responder. Desenmascarar, acusar y, por último, condenar. Irrevocable, definitiva, la condena moral es un estigma inapelable. Quien lanza la acusación de complot se declara víctima. Es comprensible, entonces, que se defienda del enemigo oculto por fin desenmascarado.

Dado que se trata siempre de una lucha entre el Bien y el Mal, entre las fuerzas de la luz y las de las tinieblas, es indispensable una victoria absoluta e incondicionada. No puede haber condiciones con ese maligno despiadado al que, si no se lo elimina, se debe por lo menos sacar de su cubil y expulsar del trasmundo en el que opera. Se abre así la espiral de una victoria tan exigente como fantasmática, que agudiza frustración, resentimiento y sensación de impotencia. En el imaginario del complotista, derrotar al enemigo no es un medio para alcanzar un objetivo, sino un objetivo en sí mismo.

Por eso el enemigo siempre es necesario. Es útil, en efecto, para que la identidad del grupo resentido y victimizador cristalice y se defina, más aún si se trata de una nación cuyos lazos son endebles y peligran. El demistificador, el portavoz del engaño, en lugar de señalar una vía de salida, evoca la catástrofe, que presenta como un escenario inexorable, aprovechándose de un temor indeterminado, de una angustia difusa y acuciante. Gracias a estas habilidades fobocráticas, dirige y orienta a su público de secuaces y adeptos, los followers, empujándolos no a considerar el problema, y su eventual solución, sino a poner en su punto de mira al enemigo, responsable del desastre. La comunidad del «nosotros» se consolida en la intolerancia y la repulsión frente a «ellos», los de los poderes fácticos. Esta élite de superopresores, de fuerzas demoníacas dotadas de una destructividad casi biológica, es un cuerpo extraño, inasimilable. Son los «internacionalistas», los «cosmopolitas», los «comunistas», que atentan contra la soberanía nacional. Sin embargo, aquí el comunismo no es más que una etiqueta detrás de la cual bullen sórdidas actividades. Lo mismo vale para el capitalismo, que no es un sistema, sino solamente la camarilla de

las «finanzas internacionales». Por lo tanto, no vale la pena ocupar la fábrica para defender los salarios, porque el responsable no es el capital productivo, sino el capital predatorio de las finanzas. Esta distinción, inaugurada por el nazismo, vuelve a afirmarse con éxito. En la cúspide de todo ello, a la cabeza del partido del Mal, está el «banquero», emblema de todo expolio en el imaginario populista. Las «finanzas internacionales» están confabuladas, como lo da a entender su nombre, con los internacionalistas. Y he aquí que, con un movimiento sorprendente, asoma por el trasmundo el «banquero comunista», un Rothschild que tiene el aspecto de Marx, un Soros que guía a las ONG.

Emblema de la dominación indirecta, el «banquero comunista» capitanea el Partido del Mal, que está constituido por monopolios internacionales y fuerzas no autóctonas. Bien mirado, es el Partido de los Extranjeros. Tal es el tropel enemigo: el de los sustitucionistas y los inmigrantes; el de las multinacionales, los rapiñadores y los invasores de todo jaez; el de los agentes de la técnica, los pervertidos; el de quienes quieren comprometer la seguridad, contaminar la identidad del «nosotros». Extranjeros afuera, extranjeros dentro: en ambos casos son inasimilables. Por detrás de la red, quien maneja los hilos es el extranjero de los extranjeros, escondido, invisible e intangible, extrahumano y subhumano: en definitiva, por los pocos rasgos que faltan, un Judío metafísico.

En la era de la globalización, obra demoníaca por la que todo se ve alterado y contaminado, el complot es todavía más difícil de desenmascarar. El enemigo recorre a los métodos acostumbrados: maneja la prensa, propaga noticias falsas, controla a los políticos, influye en las mentes, dirige el sistema educativo; pero reactiva, además, trucos ocultos mediante fórmulas nuevas. Empezando por el virus, el genio maligno de la ajenidad, tan abstracto e inmaterial como mortífero y ruinoso. Alteración garantizada, por tanto, si no con la infección epidémica, por lo menos sí con la vacunación gobernada en secreto por las grandes firmas farmacéuticas que, en perjuicio de la salud de los ciudadanos, miran por sus ganancias extra. Pero detrás de Big Pharma no dejan de estar siempre los grandes maniobreros.

La política se convierte en un proceso de descontaminación. Trump ha dado buenas muestras de ello, aunque no es el único ejemplo. Además de prometer que proveería al caos democrático, se ha presentado como el sanador del cuerpo enfermo de la nación, capaz de depurarlo de todo aquello que lo contamina –criminales negros, inmigrantes mexicanos, feministas y transgénero, discapacitados y enfermos– y de defenderlo de toda trampa mediante muros, fronteras y protecciones. En el interior, el espacio se simplifica, las grietas se tapan, las asperezas se liman, dejando que se abra el abismo de la fractura entre el «nosotros» y el «ellos», las víctimas y los «poderes fuertes», América –pura y mística– y el Deep State que la perjudica y la socava. Aquí es donde arraiga QAnon. La pandemia provocada por el virus extranjero, prueba hiperbólica de todas las amenazas, empuja una vez más hacia la descontaminación inmunitaria.

POPULISMO Y COMPLOTISMO

El pueblo se ve amenazado, traicionado. La sospecha refuerza la perplejidad y la desconfianza hacia las autoridades políticas y las instituciones públicas, acusadas de perseguir sus intereses de «casta», del todo contrarios a los de los ciudadanos de a pie. ¿Qué se ha hecho con la soberanía del pueblo? La democracia se revela una pseudodemocracia, es decir, el simulacro de un poder que se ejerce en otro lugar y con otros fines. Se entrevén, entre bastidores, las maniobras de fuerzas oscuras llegadas del exterior, élites al servicio de extranjeros. El complot se inscribe en el imaginario populista del poder.

Es sabido que el populismo no es una invención reciente y que a lo largo de la historia ha adquirido diversos aspectos. Incluso su definición ha sido fuente de encendidos debates en los últimos años. Lo cierto es que, usado con tono polémico, como sucede a menudo, el término puede convertirse en un estigma. Ahora, en el debate público por «populista» se entiende un estilo político caracterizado por tesis simplistas, argumentos burdos, juicios lapidarios y socorridas referencias al buen sentido popular. Son muchos, sin embargo, los que convienen en reconocer que el populismo se construye en torno a la tensión entre pueblo y élite. Por eso es una manera de ver la sociedad separada en dos grupos antagonistas: de un lado, la élite corrupta y ajena; del otro, el pueblo, uno, puro, homogéneo, de cuya voluntad general la política debería ser expresión. Se trata, pues, como sostiene Cas Mudde, uno de sus mayores estudiosos, de una thin ideology, una ideología ligera, sin espesor, que, pasando de manera transversal por la división, en lo más alto, entre derecha e izquierda, se presta a conjugarse con otras.[45]

Sea cual sea el ángulo desde el que se mire, el populismo aparece como un formidable medio de movilización del pueblo contra el sistema que, a la vez que se aprovecha del resentimiento y utiliza la ansiedad generalizada, denuncia el complot, la estafa, la corrupción

del establishment, sus embrollos, los fraudes impunes y reiterados a expensas de la gente sencilla. Sobre todo en las formas últimas del neopopulismo, el registro dominante es el del complot.

Lo cual no significa, es obvio, que todo populismo, como quiere la vulgata, sea execrable o legible en el horizonte del complot. No se equivocaba del todo el argentino Ernesto Laclau cuando, ya en los años setenta, subrayando su potencial para antagonizar, adivinaba en el populismo una fuerza de emancipación capaz, a un tiempo, de volver a introducir el conflicto en una vida política que había quedado vacía por un consenso ilusorio, y de conducir, de este modo, a una democracia radical.[46]

Pero en el escenario actual, la simplificación de los conflictos ha acabado por reducirlos al choque maniqueo entre dominantes y dominados, estafadores y estafados, pueblo y élite. La demonización de la élite ha ido de la mano de una exaltación del «pueblo» entendido no como plebe, o proletariado, sino, de manera creciente, como comunidad de origen y de destino. No dêmos, sino éthnos. Tal ha sido el deslizamiento desde un populismo contestatario a un populismo identitario en el que correspondería al pueblo custodiar una unidad sustancial y una identidad permanente.[47]

A la concepción monista de la élite corrupta que detenta el poder se contrapone la idea integral, e integrista, del pueblo auténtico, comunidad incorrupta e incorruptible. La separación es neta, la ruptura desprende efluvios de purificación y salvación. La línea acota también quién pertenece y quién no. El pueblo reivindica no solo el monopolio de la voluntad general, en su transparencia e inmediatez, sino que reclama para sí el imponer límites bajo el signo de la identidad. No hay grieta, ni diferencia ni discordia, que pueda atravesar la sustancia homogénea del pueblo. Alrededor de la mística de su cuerpo intangible, sueño de una comunidad por completo reconciliada consigo misma, se diseña la antipolítica del nuevo populismo. De hecho, ¿qué sentido tendría la política frente a una solidez totalizadora?

Mientras el dêmos se desplaza hacia el éthnos, lo de arriba se desliza y vira a lo externo. La aspiración hiperdemocrática (iniciativa popular, referéndum, democracia directa) se transforma en desilusión hipodemocrática, que se propone desenmascarar el

caos y la estafa del sistema democrático. Rabia e indignación son dirigidas no contra la clase dominante, sino contra la élite que gobierna en el interior aceptando órdenes de afuera. Es así como «finanzas internacionales» e «invasión de los inmigrantes» se revelan las dos caras del poder contra el que embiste el nuevo populismo nacionalista o, mejor, nativista, que enarbola el estandarte de la identidad y propugna la exclusión. Ciudadanía solo para los nativos, derechos solo para los ciudadanos. Esta primacía se traduce en la política de un Estado-providencia que protege a los «incluidos», que defiende la comunidad étnica y la cohesión integral de valores y cultura propios contra el capitalismo globalizado, el mundialismo y todo aquello que, viniendo de afuera, corrompe, altera, contamina.

Cuando un populista llega al poder las cosas no cambian –es más, todo aparece más claro–.[48] De Chávez a Bolsonaro, de Orbán a Trump, el populista en el poder se identifica con el «pueblo», es su portavoz directo, aquel que lo protege de las fuerzas oscuras que maniobran en la sombra, que no teme desvelar el complot. Virus chino, imperialistas, extranjeros, homosexuales, judíos: estos son los enemigos, los más grandes entre los grandes de la globalización, los tecnócratas, las élites mundiales, las fuerzas nefastas y mortíferas que destruyen al «pueblo».

Xenofobia y complotismo, aspectos de una misma aversión hacia cuanto es externo y extraño, se unen en la autodefensa de la democracia inmunitaria que separa a los tutelados y los inmunes de dentro de los expuestos de ahí fuera. Igual que el totalitarismo en el siglo XX, en el siglo XXI el populismo complotista es la forma autoinmune y destructiva adoptada por la democracia en una vorágine autolesiva.

LA CONDICIÓN DE VÍCTIMA Y LA IMPOTENCIA POLÍTICA

Quien denuncia un complot no se limita a rasgar el velo apuntando con el índice a su presunto autor, ni llama solo a la movilización contra ese enemigo, sino que también se declara víctima. Este paso ulterior suele no tenerse en cuenta. Con lo cual se descuida la complicidad entre la condición victimizadora y el escenario complotista. Solo considerando el trasfondo de esta relación, de lo contrario escurridiza, puede comprenderse la difusión del complotismo a través de sus nuevas formas.

La irrupción de la víctima en el espacio público es un fenómeno reciente que cobra forma a partir de mediados del último siglo siguiendo coyunturas históricas diversas y líneas que acaban por converger. En el pasado, la víctima no parecía en sí misma digna de interés; su sufrimiento, su trauma, sus heridas quedaban en general silenciadas y de ningún modo tenían un significado parejo a la violencia perpetrada sobre la comunidad. El crimen debía combatirse no tanto porque agraviara a la víctima, como porque menoscababa el orden.

Son las guerras mundiales las que abren un nuevo capítulo, por haber perdido la vida en ellas un enorme número de civiles y, especialmente, por haber culminado en el genocidio. La sensibilidad ante las discriminaciones que han padecido las mujeres y los más débiles se hace más aguda. La irrupción de las víctimas en la escena de la historia provoca numerosos efectos políticos, éticos, jurídicos, intelectuales. No solo queda disuelto el límite entre esfera privada, donde en otro tiempo se consumaba el dolor, y esfera pública, donde se pide una reparación ante los ojos de todos. Que la víctima emerja señala la crisis de las instituciones y el debilitamiento del Estado, cuya soberanía queda mellada. Es de la víctima de quien se habla, antes que del combatiente, porque el sacrificio por la patria ya no parece tener sentido. Para quien ha sufrido violencia o persecución, el punto de referencia son las organizaciones humanitarias, que no solo sustituyen al Estado, que ya no es el

garante último, sino que a menudo lo llevan al banquillo. Además, la justicia exigida por las víctimas traspasa las fronteras nacionales. La disolución de los viejos límites y la apertura de espacios políticos inéditos se corresponden con la aparición de una figura que, habiendo permanecido casi invisible, adquiere en cambio una función decisiva en la modernidad contemporánea.

La víctima no pide más que reconocimiento, cosa que por tantos siglos le había sido negada. Si antes la violencia era considerada partiendo del autor, en cuanto violencia perpetrada, el cambio de perspectiva centra la atención en el perseguido, el superviviente, el indefenso que ha padecido el crimen. Al margen de la pena impuesta al culpable, la víctima, sus descendientes o sus parientes no solo piden que se reconozca la experiencia vivida, individual o colectiva, sino que reclaman asimismo que se la reinserte en la comunidad. Pues, en efecto, tras haber sido humillada la víctima correría el riesgo de verse discriminada también en adelante. Por eso, lo que se implora no es tanto compasión como acogida.

El cuadro quedaría incompleto, no obstante, si no se añadiera que la presencia de la víctima en el espacio público puede ser fuente de una deriva política. No se trata solo del relato individual del sufrimiento propio, del drama propio, que afirma ese único punto de vista y que, en sede judicial, puede poner trabas a un proceso ecuánime. Lo cual vale también, por otra parte, para el Tribunal de la Historia. Sino que la dificultad es eminentemente política y reside en la tentación de la víctima.

El abuso, el exceso, se traduce las más de las veces en arrogarse un papel que, bien mirado, pertenecería a otros. La competencia entre víctimas, la rivalidad por la primacía en el sufrimiento, ya casi es un espectáculo cotidiano. Pero ¿qué sentido puede tener esta victimización? En el contexto de una violencia intermitente y difusa donde los riesgos se multiplican, es inevitable sentirse continuamente expuesto. Más aún cuando precisamente el Estado, al tiempo que promete una protección que no puede mantener, deja que prendan los focos de aprensión que facilitan el gobierno de una comunidad pasiva y replegada sobre sí. La fobocracia, el poder ejercido por medio de la emergencia sistemática, de la alarma prolongada, puede que sea el término clave para la nueva

gobernanza neoliberal. En una situación semejante, a menudo agudizada por la resonancia mediática, no es difícil entender por qué cualquiera se siente víctima potencial. A lo cual se añaden desconfianza y sospecha hacia los poderes institucionales, que aparecen como inobservantes o incapaces o del todo ausentes.

La aparición de la víctima señala entonces la despolitización del espacio público. Así, por la costumbre a la amenaza y el sentido de seguridad extrema, sintiendo que se es un posible blanco, uno se declara víctima de forma preventiva. Es, además, un paso hacia la reivindicación de derechos que a menudo se reconocen y se conceden por esta vía. No se trata solo, pues, de demandar protección, sino también de dilatar la propia esfera en el espacio público. En suma, el poder que tiene la víctima es inédito.

Pero, al final, no deja de ser un poder negativo, caracterizado por aquello de lo que se ha privado a la víctima, o que esta ha perdido o ha sufrido. Justamente por esta función de prohibición e impedimento, la víctima se entrega a la impotencia; es más, acaba por atrincherarse tras ella. Da así su aval a una lógica a la vez destructiva y autodestructiva que, si por un lado contribuye al vaciamiento de la política, por el otro lleva a la víctima a debatirse en un laberinto cada vez más espectral. También desde este ángulo el complot está estrechamente ligado a la condición victimizadora. Con razón habla Fredric Jameson de «poor person's cognitive mapping» para referirse a cómo se orienta en el complejo paisaje del capitalismo avanzado el individuo pobre (pero también el desprovisto), que acaba ahuyentando sociedades secretas y agentes secretos en lugar de enfrentarse a los verdaderos opresores.[49] En este sentido, el complot es una distracción política.

¿HEREJÍA COMPLOTISTA? UNA CRÍTICA A ECO

Como sucede con otros fenómenos complejos que agitan la democracia contemporánea, pueden analizarse aspectos diversos del complotismo y entenderlo o bien como el síntoma oscuro, y aun así elocuente, de una profunda crisis, o bien como el residuo de un pasado oscurantista que hay que condenar, sin más. En este último caso, sarcasmo y censura se alternan para deslegitimar ese espíritu veleidoso y pasadista que resucita de tiempo en tiempo pese a no tener, por lo demás, ninguna posibilidad de imponerse. Tal perspectiva, más simplista y tranquilizadora, es en general la que encuentra consenso y aplauso inmediatos.

Quizá el exponente más prestigioso del anticomplotismo dominante sea Umberto Eco. Examinada atentamente su vasta producción, las páginas críticas que dedica al tema del complot resultan ser muy escasas, y quedan recogidas en el ensayo Los límites de la interpretación, de 1990, y en la antología De la estupidez a la locura, de 2016.[50] Lo decisivo, sin embargo, está en el universo de sus novelas, que no solo contienen una reflexión entre líneas, sobreentendida en su justa medida, sino que se desarrollan en torno a un plot, al entramado de un gran complot. Error atávico, desviación inmemorial que amenaza con torcer el curso de la historia y socavar la cultura occidental, creencia superada y aun así seductora, el complotismo es, para Eco, la expresión de una irracionalidad profunda, el emblema de un retroceso cultural.

La herejía complotista –lúgubre telón de fondo de las muertes misteriosas que se suceden en la paz aparente de una abadía benedictina de la Italia del norte– constituye ya la trama de su primera novela, El nombre de la rosa, de 1980. Pero lo es de forma aún más decisiva en El péndulo de Foucault, de 1988 –considerada por Eco su verdadera obra cumbre–, así como en El cementerio de Praga, de 2010.[51] A estos, los más significativos, podrían añadirse otros títulos. Lo cierto es que, entre líneas de sus novelas, susceptibles, como es obvio, de otras lecturas, Eco lanza un ataque

contra las herejías complotistas con la intención de desacreditarlas y poner en guardia a sus lectores sobre tan grave peligro.

El planteamiento de Eco no es particularmente original en muchos aspectos. De hecho, enlaza con Popper para sostener que el complotismo es la reacción compensatoria a la ausencia dejada por la idea de Dios en el imaginario occidental. Ninguna instancia parece ya garantizar el Bien ni, menos aún, responder del Mal. Esta secularización incompleta haría vulnerable a la sociedad contemporánea, exponiéndola al irracionalismo. La creencia en el complot sería una superstición que hace posible descargarse de toda responsabilidad.

Eco, no obstante, va más allá y ve en el complotismo el fenómeno más peligroso de la irracionalidad moderna, que pone en relación con el hermetismo y el agnosticismo antiguos, cuya reedición póstuma constituiría. Pero ¿por qué, de qué modo una corriente filosófico-religiosa como el hermetismo y un conjunto de doctrinas iniciáticas como el gnosticismo, florecidos ambos en el mundo helenístico-romano, podrían constituir prefiguraciones antiguas del complot moderno?

Eco hace recaer su condena sobre los seguidores de Hermes –el dios volátil y ambiguo, padre de todas las artes y protector, asimismo, de los ladrones–, cuyo mito niega los principios de identidad, de no contradicción y del tercero excluido, mientras las cadenas causales se arremolinan en espirales infinitas. Los herméticos pasan de un libro a otro en la interpretación obsesiva de una verdad que se sustrae y en la búsqueda afanosa de los hilos secretos que «todo lo sostienen». Más severo todavía es el juicio que alcanza a los gnósticos, los cuales, convencidos de haber sido «arrojados» a un mundo surgido del mal, se abandonan a un sentimiento de desconfianza y extrañeza; puesto que se sienten exiliados, a disgusto, desarrollan un desprecio por quienes no advierten esa misma negatividad, y consideran la suya una tarea pareja a la del superhombre. A herméticos y gnósticos se los emplaza porque «en una época de paz y orden político», esto es, la del Imperio Romano, en que todos los pueblos «parecen unidos por una lengua y una cultura comunes», los adeptos de una y otra secta contestan, de forma irracional, dicho orden. Y si los herméticos se abandonan a su

ilusión ensoñadora de modificar el mundo, los gnósticos albergan el deseo de reducirlo a la nada.

Por una parte, la deconstrucción; por la otra, la destrucción. Eco dirige sus dardos contra los nuevos herméticos y los nuevos gnósticos, en quienes ve a los exponentes de las corrientes culturales, filosóficas y políticas, del estructuralismo a la hermenéutica, que en los años en que escribe tienen mayor ascendiente. Ni faltan, por lo demás, las referencias explícitas a Nietzsche, Heidegger, Deleuze, Foucault, Gadamer, Derrida, Chomsky, etcétera. Ahí está la cultura posmoderna, irracional y anticientificista, que menoscaba la confianza en el progreso y contesta el orden de una época pacífica y unitaria. No se trata en esta ocasión de la pax romana, cuya violencia y represión Eco debe de haber echado a un lado, sino de la pax democristiana. El trasfondo es el de la Italia sacudida por el asesinato de Aldo Moro y los conflictos políticos extremos, y también por los ataques terroristas, las intentonas golpistas y las masacres feroces, sobre los cuales planea la sombra de la guerra sucia de los servicios secretos.

Pero, al margen de su juicio sobre aquella época y la discutible maniobra instrumental por la cual asimila al presente dos orientaciones del pasado, el problema es el estigma de «irracionalidad» con el que marca el complotismo y sus supuestas prefiguraciones. ¿Cuáles son sus razones y cuál, la racionalidad que invoca? ¿Cuáles, los criterios con los que puede decir que distingue entre complots reales y síndrome del complot?

Esta actitud de fondo se mantiene en sus novelas, solo que la ficción ocupa el lugar de la denuncia y son los personajes los que manifiestan los rasgos de la irracionalidad hermético-gnóstica del complotismo. No solo Simonini, arquetipo del odiador y del falsario inveterado, redactor de los Protocolos de los sabios de Sion, el evangelio del antisemitismo moderno. También Belbo, más emblemático, protagonista de la novela El péndulo de Foucault (título sobre cuyas consonancias se ha escrito no poco), espectador de un mundo donde ya ninguna acción parece posible. Impelido por la impotencia y la frustración, termina por hacerse seguidor de creencias heterodoxas y entrar en círculos esotéricos y sectarios. Sus amigos Casaubon y Diotallevi son asimismo presa de una especie de

ocultismo pertinaz que los induce a creer en la existencia de un complot cósmico. Pero los tres terminan sucumbiendo, destruidos por su visionarismo compartido, por invocar de forma imprudente lo falso que se torna real y lo real que se torna falso. Por detrás de su Apocalipsis se recorta el Apocalipsis de los «años de plomo» italianos y europeos.

El complot que hace de fondo a la primera novela, El nombre de la rosa, se inspira en las profecías del Apocalipsis. Si el anciano monje Jorge de Burgos puede rociar con veneno el fatal manuscrito, la última copia conservada del libro segundo de la Poética de Aristóteles, dedicado a la comedia y a la risa, es porque, a la luz de su credo complotista, se siente el ejecutor, y no el culpable, de esas numerosas muertes inscritas ya en un designio divino. Lo sacro se confunde con lo profano en una secularización fallida y una modernidad no realizada: así resuelve Eco el enigma de todo complot.

El índice apunta contra la izquierda radical, la de los gnósticos complotistas que, presa de un delirio apocalíptico capaz de transformarse en locura destructiva, aguardan un «acontecimiento final que determine el hundimiento, la ruina, la catástrofe regeneradora del mundo».[52] Pero junto a la izquierda radical, la censura se hace extensiva a la cultura y la filosofía sobre la que aquella descansa, y en la cual Eco pretende vislumbrar, por lo menos en su germen, la herejía complotista.

Variante moderna de un oscurantismo antiguo, retroceso cultural, rebrote de un estadio prerracional, Eco condena el complotismo en nombre del racionalismo, del ilustrado primero y del positivista después. Esta sería la única línea admisible en la evolución occidental que, pese a las desviaciones irracionales, avanza bajo la insignia del ideal técnico-científico. No importa si hay crisis provocadas precisamente por esa racionalidad que ha vuelto el mundo ilegible. Eco cree firmemente en el progreso; en su concepción fatalista de la historia no hay espacio para irracionalidades disonantes.

Voz oficial del progresismo moderado que sale vencedor en la Italia de los «extremismos opuestos», intérprete sagaz del espíritu de la época –el de un no querer saber conformista y pacificador–, Eco

hace de la cultura humanista una actividad lúdica, un pasatiempo erudito a cuyo término se reafirma la racionalidad del statu quo, mejorable apenas aquí y allá. El complotismo se convierte en el enemigo número uno en cuanto heredero de la filosofía de la sospecha, que para Eco es como humo en los ojos.

Así pues, no es este anticomplotismo convencional, tan afable en apariencia como rígido en el fondo, el que podría indicar de qué manera considerar el fenómeno en su complejidad, ni cómo buscarle una salida.

TRANSPARENCIA Y SECRETO. A PROPÓSITO DE LA PRENSA ESCRITA

El deseo de transparencia impregna el ser mismo de la democracia y la sostiene a la vez que la inquieta. Aclarar, arrojar luz, desvelar, desenmascarar, desenredar, descifrar, resolver –alcanzar, por fin, la verdad–. Nunca más misterios, mentiras, manipulaciones. La apariencia se conformará de modo perfecto a la realidad. Y toda sospecha resultará superflua.

Los complotistas son militantes convencidos de la transparencia. Al contrario de lo que podría suponerse, no se refugian en la superstición, no se evaden en la irracionalidad, sino que, por el contrario, son hiperracionales y, bien mirado, se revelan como los herederos a ultranza de los ideales ilustrados. Todo lo que está escondido debe ponerse al descubierto. Lo oculto, lo arcano, lo recóndito ya no tienen razón de ser. Más aún: el misterio debe ser abolido. Por decirlo sin ambages (y con el usual maniqueísmo): el Bien es el principio normativo de la transparencia, y el Mal, el principio que lo contraría. El Mal son las élites corruptas, las fuerzas ocultas, los medios de comunicación que mistifican. El poder, por lo demás, reside en el secreto.

En un importante escrito de 1908, Georg Simmel subrayó los efectos ambivalentes que el secreto puede ejercer sobre la vida social. A este respecto conviene recordar que el latino secretum deriva de secernere, o sea, «poner aparte, separar, excluir»; lo secreto está separado, apartado, escondido, y, en ese sentido, se lo mantiene oculto. Simmel insiste en lo que denomina «atractivos del secreto», que otorgan una posición excepcional, confieren un no sé qué de exclusivo.[53] Por lo tanto, el prestigio del secreto, el crédito del que goza, la sugestión que ejerce no dependen de su contenido que, de hecho, lo mismo podría consistir en un vacío. El paso más allá, añade Simmel, consiste en un error típico, una modificación sistemática por la cual a los ojos de la mayoría toda personalidad superior debe de tener un secreto. Se supone que quien tiene poder

posee un saber añadido y oculto. Al secreto, entonces, se lo execra, se lo demoniza. Y, sin embargo, no es el secreto el que está conectado con el mal, sino el mal con el secreto. El malvado, el inmoral, el deshonesto tratan de esconderse; pero no al revés.

Se intuye por qué el secreto representa, por un lado, una barrera y, por el otro, un estímulo constante a atravesarla. La tentación de transgredir, profanar, divulgar forma ya parte de los atractivos del secreto. Pero el estímulo a clarificar aumenta de manera hiperbólica en la sociedad democrática. La transparencia, elevada a valor y norma, ya no puede tolerar ningún margen de oscuridad, ningún resto de opacidad. Es aquí donde echa raíces el complotismo, que promete borrar de un plumazo todo misterio, disolver de inmediato todo enigma. Es suficiente penetrar en el corazón del secreto para hacerlo desaparecer. Lo cual es posible gracias al acreditado modelo del complot, que garantiza claridad absoluta. Esta desacralización responde enteramente al espíritu de la modernidad, a la obligación más o menos expresa de no esconder nada, al imperativo incondicionado de la «publicidad».

Pero el intento de sacarlo todo a la luz acaba por surtir el efecto opuesto. Detrás de cada complot desvelado se presume un complot más recóndito. Entretanto el misterio resurge, la sombra de lo invisible continúa proyectándose. Pero ya no sobre el más allá divino, sino sobre el espacio humano, que se puebla de espectros, figuras amenazadoras, enemigos malvados. En el poder, oculto por definición, se concentra toda la invisibilidad. Es así como la sociedad de la información alimenta el imaginario de la sociedad secreta. Cada revelación pone al descubierto un arcano más por revelar. La información se convierte en una máquina que produce una oscuridad más profunda. Porque la exigencia de revelar es inagotable en un mundo que no ha conseguido todavía despedirse de lo absoluto. Solo la certeza del complot puede disipar todas las dudas y detener la espiral. Así pues, la transparencia normativa es la otra cara del complotismo.

La ilusión de haber desenredado la madeja, de haber resuelto por fin el enigma, da paso en poco tiempo al desengaño amargo y a la frustración. En lugar de ser un universo ordenado y legible, el mundo parece precipitarse de nuevo en el caos. Despropósitos y

sinsentidos se imponen, mientras reaparece por doquier lo no dicho, las zonas de sombra, las preguntas sin respuesta. Es en esta divergencia entre el sueño de la transparencia y el despertar en el oscuro curso de los acontecimientos, entre el espejismo de la inmediatez y el choque contra la opacidad, donde el complotismo florece y prospera.

El ciudadano extraviado y desorientado, que no consigue bandearse en medio de la creciente complejidad, que no sabe cribar ni interpretar el enorme flujo de informaciones que se le viene encima, termina por convertirse en un complotista potencial. Demasiados datos, demasiadas noticias y un torbellino de versiones diferentes, no pocas veces opuestas. ¿A quién creer? Desde luego, no a la «versión oficial», la de los medios de comunicación conniventes con los «poderes fácticos» cómplices de las «fuerzas ocultas», causa de todo mal, que si tienen algún interés es el de hacer embarrancar cualquier investigación y disimular su propia responsabilidad. Para descubrir la verdad que está detrás, se impone, al contrario, ir más allá de la «desinformación oficial». Quien se detiene en ella es un ingenuo. «Ya se sabe que nos engañan», «ya se sabe que no nos cuentan más que una parte», «ya se sabe que nos esconden las cosas más importantes».

El circunspecto ciudadano honrado se consagra a la información alternativa, se entrega al incansable desciframiento de la actualidad. Se enfunda en el traje del investigador incorruptible, del contraexperto integérrimo, del heroico buscador de verdades. Así es como este Sherlock Holmes novel, capaz de resistirse a cualquier lisonja, refractario a toda manipulación, se aventura por los foscos sótanos del poder político y mediático. Abraza plenamente una visión policial del mundo, abre los oídos y agudiza la mirada para no dejar escapar un solo indicio. Se mete a detective, pero también a economista, virólogo, climatólogo, dietólogo, historiador, especialista en geopolítica, experto en asuntos internacionales. A fin de cuentas, «la capacitación no es más que una invención de las élites para cerrarle la boca a la gente común». Y el complotista, desde luego, no cae en la trampa. Tiene más perspicacia, coraje y lucidez que otros, y está pronto a denunciar sin miramientos, y en voz alta, al «sistema», a los «poderes fácticos», al «Nuevo Orden Mundial». Con una cierta inmodestia, admite incluso ante sí mismo

esa sensación jubilosa de pertenecer a una aristocracia de ilustrados. El vértigo narcisista de la discrepancia lo enfervoriza: se siente investido de una misión sagrada. Busca la Verdad contra todo y contra todos, día y noche. Y espera rasgar el velo.

Entre sueños y delirios de omnisciencia y omnivigilancia, no se pierde un reportaje, le encantan los thrillers y el noir, la ficción a contracorriente, las reconstrucciones de la historia alternativas. Se guarda de leer la prensa mainstream, para que no le manipulen, y se planta enseguida en internet para abrir un blog y tener un espacio propio donde publicar, sin tabúes, documentos que a algunos interesaría que siguieran siendo secretos, pruebas aplastantes de lo que ya se sospechaba. Todo cuadra. Los followers aumentan.

Solo que este presunto librepensador, que no corre más riesgo que el del ridículo, a menudo resulta ser un delator, en apariencia inocuo, que difunde rumores sin contrastar, da pábulo a la caza de brujas, alienta el circo mediático, se inventa chivos expiatorios. Prefiere los remedios naturales a la medicina oficial; ante las vacunas, menea la cabeza. Y, es obvio, niega la Shoá, o la rebaja. Puede llegar a promover auténticas campañas de odio, hasta el punto de poner en riesgo la vida de otros.

¿Librepensamiento o más bien su versión caricaturesca? Este conformista del anticonformismo comparte casi siempre las banalidades comunes, que relanza como si fueran tesis demostradas. El placer de la repetición hace de él un consumidor insaciable de complots y microcomplots –un consumo reconfortante que incentiva, por lo tanto, con éxito–. Su duda metódica, que tiene muy poco que ver con Descartes, es una postura estratégica. Creerlo todo y no creer nada son las dos caras de la misma moneda. Detrás de la máscara del hiperescéptico se esconde el hipercrédulo. Como observara Marc Bloch: «El escepticismo por principio no es una actitud intelectual más estimable ni más fructífera que la credulidad, con la que tan bien se combina en muchas mentes un poco simples».[54] El complotista se encierra en su duda libre de sospecha, que es su fundamento y su razón de ser. Más que un espíritu crítico, es un profeta árquico; más que un heredero del credo ilustrado, es un adepto del ocultismo, precisamente por esa

obsesión suya de querer arrancar el velo que oculta la verdad. Y el ocultismo, como observó Adorno, es la metafísica de los estúpidos.[55]

Lo cual no significa desaprobar o rechazar la transparencia, que es, al contrario, una exigencia legítima y un valor transversal. En la época de los lazos planetarios, cuando la confianza recíproca se ve sometida a una dura prueba, no hay quien no aplauda la claridad, la diafanidad, la nitidez de que deberían estar impregnadas las relaciones entre las personas, al menos tanto como las relaciones económicas, políticas e institucionales. Por lo demás, no hay más que considerar los excepcionales resultados alcanzados en los últimos años.

Sucesivamente, a partir de 2008, Swiss Leaks, los papeles de Panamá y los del Paraíso han sacado a la luz la evasión fiscal y los turbios negocios del capital financiero. En 2010, la publicación de 91.000 documentos militares puso el foco en la guerra sucia de Occidente en Irak y Afganistán, hecha de mentiras y atrocidades. Por no hablar de los expedientes secretos, divulgados en 2011, que han expuesto a la mirada del mundo la monstruosidad jurídica y la vergüenza humana del campo de Guantánamo. Con su infatigable trabajo, el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación, red de medios y reporteros repartidos por casi todo el mundo, ha denunciado los cárteles de las multinacionales, el blanqueo y el narcotráfico practicados por las organizaciones criminales, el contrabando de armas y toda clase de atentados humanitarios. Y, por encima de todo, ha desenmascarado la insoportable dualidad de los políticos, proyectando la sombra de la vergüenza sobre todos aquellos que aprovechan el bien común en beneficio propio.

Bien está, pues, abrirles a los ciudadanos las sedes del poder, con el fin de que todo sea más accesible y visible. Es sabido que el poder se envuelve en el secreto, se oculta tras el velo de lo arcano, busca ampararse a la sombra de lo oculto. Bienvenido sea el viento digital de la información que sopla imparable por las conducciones inmateriales, disipando las tinieblas, barriendo la oscuridad, iluminándolo todo.

Reporteros, activistas, alertadores, whistleblowers, han hecho de la transparencia o, mejor, como se dice en el mundo anglófono, de la

accountability, su bandera. Destaca, entre todos ellos, Julian Assange, quien, con WikiLeaks y la publicación de millones de datos hasta entonces bajo llave, ha provocado múltiples efectos. Al margen del personaje, el cibermilitante anarquista, y de sus emblemáticas opciones existenciales y políticas, la pregunta que sigue abierta es, precisamente, la de cómo entender la información.[56] La idea de fondo es que el poder, en la forma de la gobernanza mundial, es un complot y que la única estrategia posible de contrapoder es la de un contracomplot practicable mediante la denuncia de la impostura y la revelación sistemática de los secretos de las élites. Pero se hace difícil creer que, a la larga, esta especie de contragencia del pueblo surta los efectos esperados. No basta con desocultar con hacer que estén inmediatamente disponibles para todos informaciones y datos secretos que, las más de las veces, quedan fuera de contexto e ilegibles. ¿Qué hacer, entonces? El peligro es el de tomar un medio de lucha importante por un fin en sí mismo. Es evidente que no es eso.

Una visión maniquea de la transparencia puede torcer las cosas. Lo que parece contener un potencial de emancipación se revela instrumento de dominación. Quien vigila se descubre vigilado. El ciudadano que sueña con el esclarecimiento total corre el riesgo de convertirse en un súbdito expuesto a la sospecha permanente, sometido a un régimen de visibilidad sin control, a una vigilancia panóptica, donde no hay quien no esté en manos de alguna inquisición.

Pero es que moverse por el diáfano palacio de cristal no es tan sencillo. La transparencia es engañosa. El sueño se convierte en pesadilla. Hasta los adeptos más lúcidos e ilustrados tienen que reconocer que el credo fideísta en el altísimo cielo de la transparencia –como advierte Vladimir Nabokov en su obra maestra Cosas transparentes– no es más que un encandilamiento.

A los observantes apóstoles de la transparencia absoluta hay que contraponerles, con Baruch Spinoza, el derecho al secreto (Tractatus theologico-politicus, XX). Tanto en política como en la existencia. Y en democracia quizá sea este el derecho más inderogable.

Pero si el mito de la transparencia puede resultar letal, lo es también porque sirve de vehículo a una visión simplista de la

verdad. Se anima a prescindir de toda mediación, a creer en la fantasía de la inmediatez: el ojo se adecúa a la imagen, el intelecto se conforma a lo real. El velo ha sido arrancado. Se podría, entonces, tomar con la mano la Verdad objetiva y meterla en el bolsillo, como si se la poseyera en exclusiva. Se podría reproducir el mundo real; más aún, duplicarlo a la perfección. Toda mediación resultaría superflua o, mejor dicho, nociva.

Es así como se pone en duda, y se contesta desde el inicio, el papel de los medios de comunicación. Que, de hecho, es lo que ocurre: toda la prensa es un timo, todos los canales informativos están manipulados. Conviene, entonces, guardarse de la mistificación, protegerse del embaucamiento, de la continua deformación de la realidad, de la persuasión oculta. Mejor emigrar a la red, acceder directamente a las fuentes, hacerse una idea de manera autónoma. Pero, por desgracia, precisamente allí es donde el engaño y la manipulación están al acecho.

La misma manera ingenua de percibir el poder afecta a la prensa escrita. Como si en verdad fuera posible la inmediatez, como si no se tuviera que pasar siempre por alguna mediación. Está claro que los medios no procuran un acceso directo a la realidad; si lo prometen, o es por mala fe, o se niegan a sí mismos. La mistificación tiene lugar cuando no se declaran las fuentes de financiación y, sobre todo, cuando se alardea de una neutralidad que no puede darse.

No existe una sola y gran Verdad, traicionada por el relativismo posmoderno culpable de las noticias falsas que infestan la red. Como explica bien Stanley Fish en un artículo para el New York Times, si surgen las fake news es por la falta de mediación, de filtro.[57] Sin un contexto interpretativo no se obtiene más que «un sinnúmero de piezas (como las de Lego), disponibles para ser incorporadas a cualquier proyecto que un hábil ingeniero verbal pueda imaginar». Así, la noticia salida del blog de un adolescente sería, por su misma inmediatez, mucho más digna de crédito. La desconfianza ante los principales periódicos y las fuentes acreditadas produce efectos desastrosos que no han sido aún bien calibrados. Nace de la disgregación política de la comunidad interpretativa y contribuye, a su vez, de manera determinante, a esa

misma disgregación.

ELOGIO DE LA SOSPECHA

¿Es posible tratar de contener el contagio complotista, que no hace más que propagarse, con el fármaco del espíritu crítico? La respuesta no es obvia. Los libros, ensayos, artículos que concluyen con una condena inapelable del complotismo –y son la inmensa mayoría– al final no dejan de señalar a la «teoría crítica», al llamado «posmodernismo», a la deconstrucción, la hermenéutica de la sospecha y –¿por qué no?– a la sospecha misma.

Si circulan noticias falseadas, si domina la posverdad, si se difunden sin dificultad pseudonoticias e informaciones engañosas o del todo inventadas, es porque ya no se distingue lo verdadero de lo falso. La culpa la tienen quienes han pensado, siguiendo a Nietzsche al pie de la letra, que «no hay hechos, sino solo interpretaciones».[58] Se libran, quizá, Adorno, Horkheimer, la Escuela de Fráncfort –los primeros, por otra parte, en abrir la reflexión sobre la propaganda, el totalitarismo y la personalidad autoritaria–. La atención se desplaza a concepciones posteriores, a ciertos desarrollos del marxismo, al psicoanálisis, a la filosofía. Human Science as Conspiracy Theory: con este elocuente título publicó Martin Parker un artículo donde los lazos de complicidad se afirman a las claras.[59] De forma más o menos tácita, esta tesis estará llamada a circular sobre todo en el contexto angloamericano, donde el «posmodernismo» se ve requerido a responder del desencanto, de la desconfianza, de la perspectiva relativista que supuestamente acarrea. En suma, el complotismo sería el fruto marchito, el resultado perverso de ese distanciamiento respecto de lo «real» que caracteriza a los relatos posmodernos.********

También desde otros lugares se alude a esta conexión, que se lee no solo en clave cultural, sino también política. Bruno Latour ironiza sobre el marchamo que cree poder reconocer en las «teorías de la conspiración»: Made in Criticalland, «hecho en el país de la crítica».[60] Se puede afirmar que, con su libro de 2012, es Boltanski quien ha tratado no solo de distinguir entre quienes

instrumentalizan un falso complot y quienes denuncian uno de verdad, sino también de defender la sociología que podría ser tachada de complotista.[61] Pero el riesgo que se corre es el de silenciar, junto con dicha acusación, toda posible crítica.

Sin duda, la dificultad estriba en la sospecha y en el buen uso que se haga de ella. Observar con desconfianza, no fiarse de primeras versiones, preguntarse por las fuentes y su supuesta neutralidad, interpretar por uno mismo atisbando hacia atrás y más allá es un ejercicio de exégesis y juicio. En el fondo, es lo que enseña ya la crítica marxista del capitalismo.

Como es sabido, la sospecha se eleva a categoría filosófica en el siglo XX, más exactamente en 1965, cuando Paul Ricoeur, a propósito de Marx, Nietzsche y Freud, introduce la feliz fórmula de «hermenéutica de la sospecha».[62] Lo que une a estos tres maestros, en apariencia alejados entre sí, es la demistificación, dirigida no solo al objeto y a cuanto querría imponerse como «objetivo», sino también, y más incluso, al sujeto. El filósofo cartesiano duda de todo, pero no de su propia conciencia, tomada, por el contrario, como fuente de certidumbre. Estos tres maestros, en cambio, cada uno en un registro distinto, deslizan la duda en la fortaleza cartesiana. No hay ya inmediatez, ni tan siquiera para la conciencia, que no percibe dato alguno de manera directa y que, atravesada por un ineludible extrañamiento, no puede dejar ya de reconocerse en todo momento como condicionada, sugestionada, manipulada. Sueños, ilusiones, esperanzas ¿son verdaderamente suyos?

Esta pregunta constituye la premisa para una crítica cada vez más acuciante y advertida del complejo dispositivo del poder, de sus repercusiones microfísicas sobre el sí, sobre la relación del sí con los demás, sobre el mundo. Menos ingenuidad, por tanto, menos falsa conciencia y engañosa inocencia, y más juicio, más cautela, más sagacidad: esta es la dirección que señala la «hermenéutica de la sospecha». Lo cual en absoluto entraña, como a alguno le ha parecido o le parece, un irreflexivo dar la espalda a la realidad, vértigo nihilista de un sí disuelto y disoluto, pulverización de la verdad, que se disuelve en una diversidad de opiniones, todas ellas válidas. Semejante modo de denigrar a la hermenéutica y, a fin de cuentas, también a la sospecha, es tendencioso. Lo adopta, por lo

general, aquel que quiere hacer creer que posee en exclusiva la Verdad verdadera, la real y conforme a los hechos, y que se niega, por ello, a buscarla confrontándola con los demás. No cabe sino desconfiar de semejantes actitudes, de una prepotencia unas veces burda e ingenua y otras, en cambio, insidiosa y extralimitada.

Hoy, más que nunca, la sospecha debe ser defendida y elogiada. Lo cual no equivale a cosificarla, como sucede con la duda del hiperescéptico que termina por volverse hipercrédulo. Practicar la sospecha ilimitada significa ir a parar a la espiral complotista del paradigma indiciario en la obsesión por el indicio tomado como prueba, por la traza entendida como correspondencia. La existencia se convierte entonces en una indagación extenuante, siempre a la espera de una respuesta definitiva que podría poner fin a las preguntas. Todos sospechan de todos, desconfían y temen, ven por todas partes espías e informadores, en un universo paranoico como el que de forma magistral describieran los escritores soviéticos. Valga, por todos, el ejemplo de Mijaíl Bulgákov. La delación parece ser la única vía de escape. Pero mientras se está en este lúcido e insomne investigar no se desconfía de la propia desconfianza, no se sospecha de las propias sospechas.

Elevada abusivamente a dogma, a postulado innegociable, a inapelable principio de vida, la sospecha se vuelve prisión en la que se blinda el presunto espíritu libre entre taimada mala fe e ingenua credulidad. Sin embargo, semejantes imputaciones no pueden hacérsele a la hermenéutica, a la deconstrucción o a la teoría crítica, que son, por el contrario, el antídoto contra el complotismo.

Lo que debe reconocerse es que la sospecha hiperbólica –que supone la interrupción de la confianza recíproca, por cuya causa, inmersos en una competencia extrema y despiadada, todos nos sentimos vulnerables, expuestos a cualquier posible desgracia y sin poder contar con la ayuda de otros– nace de la sociedad de mercado, de la precariedad difusa, de la incertidumbre generalizada, de la fobocracia sistemática, la dominación por el temor que caracteriza a la gobernanza neoliberal.

MÁS ALLÁ DEL COMPLOTISMO

Llamar a alguien «complotista» no es, ciertamente, dirigirle un cumplido. Al contrario, se trata de una etiqueta que estigmatiza, que puede funcionar como estrategia de exclusión al descalificar a ciertos interlocutores y deslegitimar la discrepancia.[63] Lo demuestra el hecho de que nadie la reivindicaría para sí. A menos que no se anticipe su desmentido para neutralizar toda acusación, como cuando se dice: «No soy un complotista, pero…». A fin de cuentas el complotista es siempre el otro. De manera que no se puede decir que Noam Chomsky, uno de los primeros en alertar del abuso de este término, estuviera equivocado.[64] Las notas de desprecio contenidas en «complotista» menoscaban la credibilidad ajena, ridiculizan un punto de vista y, de este modo, alejan del espacio público expulsando del reino del «discurso racional». Resulta casi superfluo añadir que el estigma alcanza a quienes están del otro lado de la barricada y que, por lo general, lo lanza quien se alinea, lo sepa o no, con la «versión oficial».

Por lo general, en este punto se recurre a los criterios de verdad y falsedad, asegurando que el discernimiento es posible por medio de reglas y principios objetivos con los que evitar todo malentendido, toda disputa. En este mismo sentido, son muchos los que sostienen que a las «teorías de la conspiración» se las llama así porque se refieren a complots imaginarios, cuya existencia nunca ha sido real, que no han sido sino conjeturas o, inclusive, una completa fabulación. Más o menos como las noticias falsas. El examen de los hechos es aquí fundamental. El cotejo debería eliminar cualquier duda y dejar sin argumentos incluso a los complotistas más insistentes, que se obstinan en denunciar la «versión oficial». Pero la cosa no es tan sencilla, y no solo por lo que hace a dicha obstinación.

No siempre es fácil discernir lo verdadero de lo falso. Cuando lo que prevalece son las ambigüedades, los puntos controvertidos, ¿quién toma la decisión definitiva, quién establece si el complot es falso o,

por el contrario, verdadero? ¿Quién hace oír su voz por encima de las otras, quién hace sentir su poder? Entre otras cosas, porque los casos inciertos son mucho más numerosos de cuanto pueda suponerse. Entre el caso Watergate y el incidente de Roswell –lugar donde supuestamente permanecen ocultos cadáveres extraterrestres después de estrellarse un platillo volador– hay una amplia gama de complots, más o menos reales, más o menos imaginarios. No pocas veces la Historia desmiente a la larga hipótesis y juicios; la verdad que sale a relucir puede echar por los suelos veredictos demasiado expeditivos. Sin contar, además, con ese complejo juego de espejos en que los pseudocomplots encubren complots reales, como en los procesos ordenados por Stalin, entre 1936 y 1938, contra Trotski y otros miembros del partido. Y tampoco hay que olvidar que, no raras veces, los complots ficticios han tenido efectos muy concretos, devastadores incluso.[65]

Si hay complotistas es porque hay complots. Un caso clamoroso se dio justo después del 11 de septiembre de 2001, cuando la democracia más prestigiosa del mundo, para legitimar su intervención en Irak, de otro modo completamente ilegítima, declaró que Sadam Huseín disponía de «armas de destrucción masiva» y trató incluso de aducir pruebas y documentos. Aquella era la palabra, la «palabra oficial», de la administración estadounidense, más tarde contradicha y desmentida por la falta de pruebas. Ante semejantes ejemplos, ¿cómo decir que se equivocan quienes sospechan de la astucia de los poderosos, los cuales, mientras encubren de manera calculada sus propias torpezas, imponen a los demás la etiqueta de «complotistas»?

En los países democráticos, donde la transparencia habría debido disipar la sombra de los arcana imperii, a menudo lo que ha sucedido es lo contrario. La influencia de los servicios secretos, unida a la ineptitud de la justicia, puesta en jaque, han impedido arrojar luz sobre aspectos oscuros e inquietantes. Lo que se conoce como «asunto de Estado» se ha convertido a menudo en la losa sepulcral de la verdad. Emblema de todo lo cual es el caso de Italia, que a partir de los años sesenta ha estado marcada por tramas golpistas, guerra sucia de los servicios secretos, colusión de los aparatos del Estado con la mafia, violencia y bombas neofascistas.[66] A día de hoy, todos esos hechos siguen en gran parte rodeados de

misterio. Y, como para hacer la niebla más espesa, se pone sobre el tapete, con el propósito no muy disimulado de la descalificación, que son tramas complotistas lo que hubo detrás de las acciones de las Brigadas Rojas. Pero no es menos evidente que se intenta rebajar el alcance de la gran revuelta que se produjo entonces entre las fuerzas de la izquierda, quizá la más importante en el mundo occidental de la segunda posguerra, una revuelta que, si en algunos sectores degeneró en lucha armada, en su conjunto gozó de un amplio consenso. ¿Qué no pensarán entonces los ciudadanos, a la luz de ese pasado, de la democracia en la que viven? ¿Qué confianza tendrán en las instituciones, y qué relación con el poder? ¿Acaso no alimenta todo ello el complotismo?

En un breve ensayo literario en el que aflora su conocida vena irónica, el escritor Mordecai Richler le hace decir a un interlocutor: «El problema de las teorías del complot es que muchas se han demostrado verdaderas. Durante años me he burlado de amigos míos de izquierdas que afirmaban que su teléfono estaba intervenido, o que Nixon era un delincuente, y ahora, mira por dónde, se descubre que tenían razón».[67]

Reducir el complotismo a fenómeno patológico, a desviación que violenta la norma de la verdad establecida es del todo contraproducente, porque activa el mecanismo perverso de una espiral infinita. El experto a quien se llama para que, con datos y tablas, refute al contraexperto de turno aumenta las sospechas de este, su escepticismo y su resentimiento. Por eso el anticomplotismo convencional es un bumerán que no sirve más que para ensanchar la fractura entre los bienpensantes y quienes malpiensan. Es inevitable, pues, aventurar que los primeros, es decir, quienes no ven más que leyendas y mentiras cuando se trata de los poderes constituidos, tomen partido por estos y queden ya alineados para siempre. Lo cual es una prueba añadida para aquellos que desconfían.

Por lo demás, acusar de complotismo es un instrumento de poder, y parece evidente que, en las últimas décadas, el Estado recurre a él de un modo cada vez más refinado. Pero como sucede también con el terrorismo, el Estado no tiene el monopolio de la acusación legítima. Y no puede tachar a los demás de ser terroristas o

complotistas. A menos que quiera criminalizar la discrepancia, deslegitimar la crítica y despolitizar todo posible debate.

También los anticomplotistas se revelan obsesionados con el complot, siquiera sea porque creen descubrir por doquier la larga sombra de los complotistas. Que sea esto lo que les pasa justamente a los poderosos, a quienes están inmersos en el engranaje del poder, en sus juegos, en sus estratagemas, es lo que de manera acertada ha hecho notar Frédéric Lordon.[68] Desde ahí lanzan luego sus cruzadas anticomplotistas contra las noticias falsas de los demás, las informaciones falsas de los disidentes, las fábulas de la paranoia popular.

Con todo, si la denuncia policial se descalifica por sí sola, no es con la epidemia de mil verdades alternativas como se contesta al poder. Es más, eso entraña permanecer dentro del engranaje y darle impulso. En otras palabras: entregarse a la impotencia.

Precisamente porque el complotismo es un arma de despolitización masiva, se hace necesaria una reflexión política que contribuya a dejar atrás semejante esquema explicativo totalizador. Como siempre, comprender no es justificar y, por lo tanto, no conlleva indulgencia alguna.

Con todo, no puede dejar de reconocerse que el complotismo nace del miedo y del aislamiento del ciudadano que se siente excluido del espacio público. Allí donde la polis se ha hecho inaccesible, donde la comunidad interpretativa se ha deshecho, también la verdad común se deshace y merodea el espectro del complot.

* Entre los nombres de los pioneros hay que recordar, en particular, los de Norman Cohn, Leo Löwenthal, Richard Hofstadter, Serge Moscovici, Raoul Girardet, Léon Poliakov.

** En el texto, especialmente cuando el complotismo es puesto en relación con actitudes que pueden ser juzgadas como faltas de razón, se emplearán el adjetivo «desviado» y el sustantivo «desviación», que deben tomarse en la acepción que les es propia, por ejemplo, en la sociología de la desviación, y que traducen el término italiano devianza y sus derivados. No se emplean como términos peyorativos, salvo en aquellos casos en los que el texto lo requiere.[N. del T.]

*** Sobre el «lugar vacío» de la democracia, véase la sección «Democracia y poder», y en particular las notas 12 y 13. [N. del T.]

**** Si los complotistas hace ya tiempo que han adquirido carta de ciudadanía en los diccionarios, el complotismo, nombre del nuevo fenómeno, se abre camino lentamente, no sin dificultades –que se deben, también, a las de su definición–. [N del T.: Lo mismo puede decirse en relación con el español; véase, al respecto, la entrada «complot» en el Diccionario panhispánico de dudas].

***** Los tres relatos, libremente tomados y vueltos a narrar aquí, corresponden a la novela Biarritz, de Hermann O. F. Gödsche, además de a algunos pasajes de los Protocolos de los sabios de Sion; a la obra de Eugène Sue El Judío errante y, por último, a la novela José Balsamo, de Alejandro Dumas.

****** Aunque no es menos inquietante la noticia de un sondeo

realizado en Francia en 2017 por la Fondation Jean-Jaurès y el Observatoire du conspirationnisme, según el cual la mitad de los entrevistados coinciden en afirmar que la inmigración es «un proyecto político de sustitución de una cultura por otra organizado deliberadamente por las élites políticas, intelectuales y mediáticas, al que conviene poner punto final haciendo volver a dichos pueblos a los lugares de donde han venido». Véase https://www.ifop.com/wp-content/uploads/2018/03/3942-1-study_file.pdf

******* También otros atentados, entre los cuales está el de Oklahoma City en 1995, han sido puestos en relación con este libro.

******** En esta misma dirección se mueve también, en parte, Fredric Jameson, aunque con intenciones del todo diferentes.

NOTAS

1. Cfr., por ejemplo, Rob Brotherton, Menti sospettose. Perché siamo tutti complottisti, Bollati Boringhieri, Turín, 2017.

2. Cfr. Michael Butter, «Nichts ist, wie es scheint». Über Verschwörungstheorien, Suhrkamp, Fráncfort, 2018.

3. Para una visión de conjunto, cfr. Jovan Byford, Conspiracy Theories. A Critical Introduction, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2015; Pierre-André Taguieff, Les théories du complot, Que sais-je?, París, 2021.

4. Cfr. Paolo Prodi, Il sacramento del potere. Il giuramento politico nella storia costituzionale dell'Occidente, Il Mulino, Bolonia, 1992.

5. Cfr. Filippo Buonarroti, Cospirazione per l'uguaglianza detta di Babeuf, Einaudi, Turín, 1971, p. 4.

6. Cfr. Alex Butterworth, Il mondo che non fu mai. Una storia vera di sognatori, cospiratori, anarchici e agenti segreti, Einaudi, Turín, 2011.

7. Es lo que ha hecho ver Luc Boltanski decostruyendo en su libro definiciones ya consolidadas, como la que propone Peter Knight: Id., Énigmes et complots. Une enquête à propos d'enquêtes, Gallimard, París, 2021, pp. 283-87; Peter Knight, «Making Sense of Conspiracy Theories», en Id. (ed.), Conspiracy Theories in American History. An Encyclopedia, ABC-Clio, Santa Bárbara, 2003, vol. I, p. 15.

8. Cfr. Henry Maudsley y John Sibbald (eds.), The Journal of Mental Science, Authority of the Medico-Psycological Association, Londres, 1870, vol. XVI, n. 73, parte IV, p. 41.

9. Cfr. Martin Heidegger, «L'impianto», en Id., Conferenze di Brema e Friburgo, Milán, 2002, pp. 45-70; Id., «La questione della tecnica», en Id., Saggi e discorsi, Mursia, Milán, 1976, pp. 5-27. [Hay varias

ediciones en español: Filosofía, ciencia y técnica, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997, págs. 113-48; Conferencias y artículos, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2001, pp. 9-32]

10. Cfr. Giorgio Agamben, Che cos'è un dispositivo?, Nottetempo, Milán, 2006. [Hay edición en español: ¿Qué es un dispositivo?, Editorial Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2014]

11. François Furet, Critica della rivoluzione francese, Laterza, Roma-Bari, 1980, p. 63. [Hay edición en español: Pensar la revolución francesa, Petrel, Barcelona, 1980]

12. Cfr. Claude Lefort, «La questione della democrazia», en Id., Saggi sul politico. XIX-XX secolo, Il Ponte, Bolonia, 2007, pp. 17-31. [Hay varias ediciones en español: Ensayos sobre lo político, Editorial Universidad de Guadalajara, México D. F., 1990; La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político, Anthropos, Barcelona, 2004]

13. Ibid., p. 27.

14. Cfr. Jacques Rancière, L'odio per la democrazia, Cronopio, Nápoles, 2011. [Hay edición en español: El odio a la democracia, Amorrortu Editores España, Madrid, 2006]

15. Publicado ya en 1966, el clásico donde se muestran tales consecuencias es Norman Cohn, Licenza per un genocidio. I «Protocolli dei savi Anziani di Sion» e il mito della cospirazione ebraica, Castelvecchi, Roma, 2013.

16. Léon Poliakov, La causalité diabolique. Essai sur l'origine des persécutions, Calmann-Lévy, París, 1980, p. 11. [Hay edición en español: La causalidad diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones, Ariel, Barcelona, 2015]

17. Manès Sperber, «La concezione poliziesca della storia», en Id., Il tallone d'Achille. Saggi, Mondadori, Milán, 1962, pp. 85-92.

18. Karl Raimund Popper, La società aperta e i suoi nemici. II. Hegel e Marx falsi profeti, Armando, Roma, 1996, p. 113; Id., Congetture e confutazioni. Lo sviluppo della conoscenza scientifica,

il Mulino, Bolonia, 1972, pp. 211 ss. [Hay edición en español de ambas obras: La sociedad abierta y sus enemigos, Ediciones Paidós Ibérica, Madrid, 2006; Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1994]

19. Friedrich Nietzsche, Al di là del bene e del male, Adelphi, Milán, 1977, § 21, p. 26. [Hay varias ediciones en español: cfr. Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro, Alianza Editorial, Madrid, 2022]

20. Id., Crepuscolo degli idoli, ovvero come si filosofa con il martello, Adelphi, Milán, 1983, p. 61. [Hay varias ediciones en español: cfr. Crepúsculo de los ídolos, o cómo se filosofa con el martillo, Alianza Editorial, Madrid, 2022]

21. Mircea Eliade, Il sacro e il profano, Bollati Boringhieri, Turín, 2006, p. 63. [Hay edición en español: Lo sagrado y lo profano, Paidós Ibérica, Barcelona 1981, p. 72]

22. Georges Sorel, «Riflessioni sulla violenza», en Id., Scritti politici, Utet, Turín, 2006, cap. IV, p. 219. [Hay edición en español: Reflexiones sobre la violencia, La Pléyade, Buenos Aires, 1973]

23. Furio Jesi, Materiali mitologici. Mito e antropologia nella cultura europea, Einaudi, Turín, 2001, pp. 81 ss.

24. Cfr. Theodore Ziolkowski, Cults and Conspiracies. A Literary History, John Hopkins University Press, Baltimore 2013, pp. 159 ss.

25. Sobre los usos de los Protocolos de los sabios de Sion en las últimas décadas, en particular en los países árabes, cfr. Pierre-André Taguieff, L'imaginaire du complot mondial. Aspects d'un mythe moderne, Mille et une nuits, París, 2006, pp. 142 ss. Siguen siendo una guía excelente los cómics de Will Eisner, Il complotto. La storia segreta dei Protocolli dei savi di Sion, Einaudi, Turín, 2005. [Hay edición en español: La conspiración, Norma Editorial, Barcelona, 2005]

26. Richard Hofstadter, Lo stile paranoide nella politica americana, Adelphi, Milán, 2021.

27. Cfr. Leo Löwenthal y Norbert Guterman, Prophets of Deceit. A Study of the Techniques of the American Agitator, Verso, Londres-Nueva York, 2021.

28. Cfr. Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, La personalità autoritaria, 2 voll., PGreco, Milán, 2016. [Hay edición en español: La personalidad autoritaria, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1965]

29. Friedrich Nietzsche, Genealogia della morale, Adelphi, Milán, 1984, I, §§ 10-15, pp. 25-40. [Hay varias ediciones en español: cfr. La genealogía de la moral. Un escrito polémico, Alianza Editorial, Madrid, 2022]

30. Cfr. Marc Angenot, Les idéologies du ressentiment, XYZ, Montréal, 1997.

31. Cfr. Max Scheler, Il risentimento, Chiarelettere, Milán, 2019. [Hay edición en español: El Resentimiento en la moral, Caparrós Editores, Madrid, 1993]

32. Lo había percibido muy tempranamente Anthony Giddens en Il mondo che cambia. Come la globalizzazione ridisegna la nostra vita, Il Mulino, Bolonia, 2000. [Hay edición en español: Un mundo desbocado. Cómo está modificando la globalización nuestras vidas, Taurus, Madrid, 2002]

33. Cfr. Ernst Jünger, Lo Stato mondiale. Organismo e organizzazione, Guanda, Milán, 1998. [Hay edición en español: La paz; seguido de El nudo gordiano, El Estado mundial y Alocución en Verdún, Tusquets, Barcelona, 1996]

34. Cfr. Jacques Attali, Domani, chi governerà il mondo?, Fazi, Roma 2012. [Hay edición en español: Mañana, ¿quién gobernará el mundo?, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012]

35. Cfr. Paul Hanebrink, Uno spettro si aggira per l'Europa. Il mito del bolscevismo giudaico, Einaudi, Turín, 2019.

36. Johann Gottlieb Fichte, «Contributi per rettificare i giudizi del pubblico sulla Rivoluzione francese», en Id., Sulla Rivoluzione

francese – sulla libertà di pensiero, Laterza, Bari, 1974, pp. 163-65.

37. Cfr. Serdar Kaya, «The Rise and Decline of Turkish "Deep State". The Ergenekon Case», en Insight Turkey, XI (2009), n. 4, pp. 9-13. Sobre el concepto de «Estado profundo», cfr. Gérald Bronner, «L'État profond, c'est la stigmatisation du caractère illusoire supposé du monde, et du pouvoir en particulier», en L'Opinion, 22 de julio de 2020: https://www.lopinion.fr/ edition/economie/gerald-bronner-l-etat-profond-c-est-stigmatisationcaractere-illusoire-220759

38. Cfr. Max Weber, Economia e società. L'economia, gli ordinamenti e i poteri sociali, Donzelli, Roma, 2019. [Hay edición en español: Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2002]

39. Cfr. Valérie Igounet y Rudy Reichstadt, Le «Grand Remplacement» est-il un concept complotiste?, en Fondation Jean Jaurès, septiembre de 2018: https://jean-jaures.org/nos-productions/le-grand-remplacement-est-il-un-concept-complotiste

40. Cfr. Adolf Hitler, La mia vita, Bompiani, Milán, 1938, pp. 330 ss. [Hay edición en español: Mi lucha, Ediciones Huguin, Barcelona, 1983]

41. Cfr. Ingrid Walker Fields, «White Hope. Conspiracy, Nationalism, and Revolution in The Turner Diaries and Hunter», en Peter Knight (ed.), Conspiracy Nation. The Politics of Paranoia in Postwar America, New York University Press, Nueva York-Londres, 2002, pp. 157-76.

42. Cfr. Norman Cohn, I fanatici dell'Apocalisse, PGreco, Milán, 2014.

43. Cfr. Raoul Girardet, Mythes et mythologies politiques, Seuil, París, 1986, pp. 44 ss. [Hay edición en español: Mitos y mitologías políticos, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999]

44. Cfr. Philippe Burrin, L'antisemitismo nazista, Bollati Boringhieri, Turín, 2004 [Hay edición en español: Resentimiento y Apocalipsis. Ensayo sobre el antisemitismo nazi, Katz Editores / Katz Barpal,

Madrid, 2007]; Donatella Di Cesare, «Antisemitismo», en Enciclopedia Treccani. Lessico del XXI secolo, Istituto dell'Enciclopedia Treccani, Roma, 2021, pp. 61-66.

45. Cfr. Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, Populismo. Una breve introduzione, Mimesis, Milán, 2020. [Hay edición en español: Populismo. Una breve introducción, Alianza Editorial, Madrid, 2019]

46. Cfr. Ernesto Laclau, La ragione populista, a cura di D. Tarizzo, Laterza, Roma-Bari, 2019. [Edición original en español: La Razón Populista, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2005]

47. Cfr. Pierre-André Taguieff, L'illusione populista, Bruno Mondadori, Milán, 2003, pp. 136 ss.

48. Cfr. Russell Muirhead y Nancy L. Rosenblum, A Lot of People Are Saying. The New Conspiracism and the Assault on Democracy, Princeton University Press, Princeton, 2019, pp. 62 ss.

49. Cfr. Fredric Jameson, «Cognitive Mapping», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (ed.), Marxism and Interpretation of Culture, Macmillan, Londres, 1988, p. 356; Cfr., asimismo, Fran Mason, «A Poor Person's Cognitive Mapping», en Peter Knight (ed.), Conspiracy Nation, op. cit., pp. 40-56.

50. Umberto Eco, I limiti dell'interpretazione [1990], La nave di Teseo, Milán, 2016, pp. 59 ss.; [Hay edición en español: Los límites de la interpretación, Lumen, Barcelona, 1992]

51. Cfr. Id., Il pendolo di Foucault [1988], La nave di Teseo, Milán, 2018. [Hay edición en español: El péndulo de Foucault, Editorial Lumen, Barcelona, 1989]

52. Id., I limiti dell'interpretazione cit., p. 68.

53. Georg Simmel, «Il segreto e la società segreta», en Id., Sociologia, Meltemi, Milán, 2018, pp. 437-509, p. 463. [Hay edición en español de la obra y del escrito: Sociología. Estudios sobre las formas de socialización, Fondo de Cultura Económica de México, México D. F., 2014; El secreto y las sociedades secretas,

Ediciones Sequitur, Madrid, 2010]

54. Marc Bloch, Apologia della storia o Mestiere di storico, Einaudi, Turín, 2009, pp. 62. [Hay edición en español: Apología de la historia o el oficio de historiador, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2022]

55. Theodor W. Adorno, Minima moralia. Meditazioni sulla vita offesa, Einaudi, Turín, 1994, p. 296. [Hay edición en español: Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada, Akal, Madrid, 2022]

56. Acerca de su figura y sus decisiones, Cfr. Donatella Di Cesare, Il tempo della rivolta, Bollati Boringhieri, Turín, 2020, pp. 100 ss. [Hay edición en español: El tiempo de la revuelta, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2021]

57 . Cfr. Stanley Fish, «"Transparency" is the Mother of Fake News», en The New York Times, 7 de mayo de 2018: https://www.nytimes.com/2018/05/07/opinion/transparency-fake-news.html

58. Friedrich Nietzsche, La volontà di potenza, Bompiani, Milán, 1995, p. 481. [N. del T.: Esta frase, con leves variaciones, se encuentra tanto en La voluntad de dominio. Ensayo de una transmutación de todos los valores, en Obras Completas de Federico Nietzsche, Tomo VIII, M. Aguilar Editor, Madrid, 1932, § 481 («Contra el positivismo, que se queda en el fenómeno "sólo hay hechos", yo diría, no, precisamente no hay hechos, sólo interpretaciones»), como en Fragmentos póstumos. Volumen IV (1885-1889), Tecnos, Madrid, 2008, 7 [60], pág. 222 («Contra el positivismo que se limita al fenómeno, "sólo hay hechos", diría yo; no, hechos precisamente no los hay, lo que hay es interpretaciones. No conocemos ningún hecho en sí»)]

59. Martin Parker, «Human Science as Conspiracy Theory», en Jane Parísh e Id. (eds.), The Age of Anxiety. Conspiracy Theory and the Human Sciences, Blackwell, Oxford-Malden, 2001, pp. 191-207.

60. Bruno Latour, «Why has Critique Run out of Steam? From Matters of Facts to Matters of Concern», en Critical Inquiry, XXX (2004), n. 2, p. 230.

61. Cfr. Luc Boltanski, Énigmes et complots. Une enquête à propos d'enquêtes, op. cit., p. 319.

62. Paul Ricoeur, Della interpretazione. Saggio su Freud, Il Saggiatore, Milán, 2002, pp. 46-50. [Hay edición en español: Freud: una interpretación de la cultura, Siglo XXI, México D. F., 1970]

63. Cfr. Ginna Husting y Martin Ott, «Dangerous Machinery. "Conspiracy Theorist" as a Transpersonal Strategy of Exclusion», en Symbolic Interaction, XXX (2007), n. 2, pp. 127-50.

64. Cfr. Noam Chomsky, Institutional Analysis vs Conspiracy Theory, Blog.

65. Cfr. Carlo Ginzburg, Il filo e le tracce. Vero, falso, finto, Feltrinelli, Milán, 2006, pp. 301 ss. [Hay edición en español: El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2010]

66. Sobre el clima de aquellos años, cfr. Carlo Ginzburg, Il giudice e lo storico. Considerazioni in margine al processo Sofri, Quodlibet, Macerata 2020. [Hay edición en español: El juez y el historiador, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1992]

67. Mordecai Richler, Un mondo di cospiratori, Adelphi, Milán, 2007, pp. 29-58, p. 57.

68. Frédéric Lordon, «Le complotisme de l'anticomplotisme», en Le Monde diplomatique, octubre de 2017: https://www.monde-diplomatique. fr/2017/10/LORDON/57960

BIBLIOGRAFIA ESPECÍFICA

Barkun, Michael, A Culture of Conspiracy. Apocalyptic Visions in Contemporary America, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 2003.

Berger, J. M., Extremism, The MIT Press, Cambridge-Londres, 2018.

Bratich, Jack Z., Conspiracy Panics. Political Rationality and Popular Culture, State University of Nueva York Press, Albany, 2008.

Brayard, Florent, Auschwitz. Enquête sur un complot nazi, Seuil, París, 2012.

Butter, Michael, «Nichts ist wie es scheint». Über Verschwörungstheorien, Suhrkamp, Fráncfort, 2018.

Butter, Michael y Knight, Peter (eds.), Routledge Handbook of Conspiracy Theories, Routledge, Londres-Nueva York, 2020.

Byford, Jovan, Conspiracy Theories. A Critical Introduction, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2015.

Campi, Alessandro y Varasano, Leonardo, Congiure e complotti. Da Machiavelli a Beppe Grillo, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2016.

Cassam, Quassim, Conspiracy Theories, Polity Press, Cambridge, 2019.

Coady, David (ed.), Conspiracy Theories. The Philosophical Debate, Ashgate, Aldershot, 2019.

Cueille, Julien, Le symptôme complotiste. Aux marges de la culture hypermoderne, Érès, Toulouse, 2020. Danblon, Emmanuelle y Nicolas, Loïc (eds.), Les rhétoriques de la conspiration, Cnrs, París, 2010. Dard, Olivier, La synarchie. Le mythe du complot permanent, Perrin, París, 1998.

Dentith, Matthew R. X., The Philosophy of Conspiracy Theories, Palgrave Macmillan, Londres, 2014.

Dentith, Matthew R. X. (ed.), Taking Conspiracy Theories Seriously, Rowman & Littlefield, Lanham, 2018.

Dieguez, Sebastian, Total Bullshit! Au cœur de la post-vérité, Puf, París, 2018.

Fenster, Mark, Conspiracy Theories. Secrecy and Power in American Culture, University of Minnesota Press, Minneapolis-Londres, 1999.

Goldberg, Robert Alan, Enemies Within. The Culture of Conspiracy in Modern America, Yale University Press, New Haven-Londres, 2001.

Gray, Matthew, Conspiracy Theories in the Arab World. Sources and Politics, Routledge, Londres-Nueva York, 2010.

Knight, Peter (ed.), Conspiracy Nation. The Politics of Paranoia in Postwar America, New York University Press, Nueva York-Londres, 2002.

Landes, Richard y Katz, Steven T. (eds.), The Paranoid Apocalypse. A Hundred-Year Retrospective on the Protocols of the Enders of Zion, New York University Press, Nueva York-Londres, 2012.

Moscovici, Serge, «The Conspiracy Mentality», en Graumann, Carl F. e Id. (eds.), Changing Conceptions of Conspiracy, Springer, Nueva York-Berlín, 1987, pp. 151-69.

Pipes, Daniel, Il lato oscuro della storia. L'ossessione del grande complotto, Lindau, Turín, 2005.

Reichstadt, Rudy; Igounet, Valérie y Debono, Emmanuel, Complotisme et négationnisme. Un panorama, Observatoire du conspirationnisme, abril de 2019.

Reichstadt, Rudy, L'opium des imbéciles. Essai sur la question complotiste, Grasset, París, 2019.

Reinalter, Helmut (ed.), Handbuch der Verschwörungstheorien,

Salier, Leipzig, 2018.

Renard, Jean-Bruno, «Les rumeurs négatrices», en Diogène, n. 213 (2006/I), pp. 54-73.

Sunstein, Cass R., Conspiracy Theories and Other Dangerous Ideas, Simon & Schuster, Nueva York, 2014.

Taguieff, Pierre-André, Court traité de complotologie, suivi de Le «complot judéo-maçonnique»: fabrication d'un mythe apocalyptique moderne, Mille et une nuits, París, 2013.

Taguieff, Pierre-André, Hitler, les «Protocoles des Sages de Sion» et «Mein Kampf». Antisémitisme apocalyptique et conspirationnisme, Puf, París, 2020.

Taguieff, Pierre-André, Les théories du complot, Que sais-je?, París, 2021.

Taïeb, Emmanuel, «Logiques politiques du conspirationnisme», en Sociologie et sociétés, XLII (2010), n. 2, pp. 265-89.

Uscinski, Joseph E., Conspiracy Theories. A Primer, Rowman & Littlefield, Lanham-Londres, 2020.

Uscinski, Joseph E. (ed.), Conspiracy Theories and The People Who Believe Them, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 2018.

Wu Ming 1, La Q di Qomplotto. QAnon e dintorni. Come le fantasie di complotto difendono il sistema, Alegre, Roma, 2021.